

UN COLONO SUIZO EN LA RIBERA DEL SARAPIQUÍ

Luko Hilje
Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE)

María Luisa Fournier
Universidad Nacional

Recibido: 1-10-2016

Aprobado: 18-12-2016

RESUMEN

Luko Hilje es Profesor Emérito del Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE). Turrialba, Costa Rica. luko@ice.co.cr

María Luisa Fournier es investigadora del Instituto Regional de Estudios en Sustancias Tóxicas (IRET), Universidad Nacional (UNA). Heredia, Costa Rica. malufournier@gmail.com

A partir de setiembre de 1869, recién establecido como colono agrícola en la ribera del río Sarapiquí, en Costa Rica, Léonce Pictet remitió a su familia, en Suiza, seis cartas en las que detalla sus vivencias en ese sitio. Fueron publicadas con el título *Un colon genevois sous les tropiques (Un colono ginebrino en los trópicos)* en el *Journal de Genève (Diario de Ginebra)*, entre diciembre de 1869 y mayo de 1870. Aunque fueron traducidas por el diplomático Manuel María Peralta, y publicadas en 1871-1872 en el periódico *El Costarricense*, los números en que aparecieron se perdieron. Sin embargo, debido a su valor histórico, fueron localizadas sus versiones digitales y aquí se transcriben, traducidas de nuevo. Además de interpretar varios aspectos de su contenido, se ilustran y se complementan con información acerca de la geografía, la biología y la historia de la región de Sarapiquí.

Palabras clave: Léonce Pictet, geografía, botánica, zoología, historia, Sarapiquí, Costa Rica.

ABSTRACT

Beginning in September 1869 and recently established as an agricultural settler on the bank of the Sarapiquí River, in Costa Rica, Léonce Pictet sent six letters to his family in Switzerland, describing his experiences there. The letters were published under the title *Un colon genevois sous les tropiques (A Genevan settler in the tropics)* in the *Journal de Genève*, between December 1869 and May 1870. Even though they were translated by the diplomat Manuel María Peralta and published in 1871-1872 in the newspaper *El Costarricense*, the issues in which said letters appeared were lost. However, due to their historical value, their digital versions were sought, re-translated and herewith transcribed. In addition to interpreting aspects of their contents, these letters are illustrated and complemented with geographical, biological and historical information regarding the Sarapiquí region.

Keywords: Léonce Pictet, geography, botany, zoology, history, Sarapiquí, Costa Rica.

INTRODUCCIÓN

Con el título *Un colon genevois sous les tropiques (Un colono ginebrino en los trópicos)*, el 4 de diciembre de 1869 apareció en la sección *Feuilleton (Folletín)* del diario suizo *Journal de Genève (Diario de Ginebra)*, la primera de seis cartas remitidas desde ultramar por Léonce Pictet a su familia. Al respecto, en un pie de página de la carta publicada el 18 de marzo siguiente, se lee lo siguiente: "*Se recuerda que estas cartas tan sencillas y tan interesantes nos son enviadas por la familia de un joven emigrante ginebrino establecido en las orillas del río Sarapiquí, entre las repúblicas de Costa Rica y Nicaragua*".

En la primera entrega, al inicio constan de manera más específica la fecha y el lugar donde esa carta fue escrita, así: "*Miércoles 22 de setiembre de 1869, en la confluencia del Sarapiquí y del San Juan, Costa Rica (América Central)*"; cabe indicar que en esa edición, a dicha carta se sumaba otra más breve, publicada a continuación, pero fechada el sábado 2 de octubre de 1869. La inclusión de esos topónimos al inicio de la carta, revelaba a los lectores suizos que provenía de un paraje agreste, en algún recóndito lugar del muy lejano continente americano.

Al respecto, cabe preguntarse quién era Pictet y por qué se había afincado en un sitio tan remoto, desolado y lleno de peligros, lo cual se intentará responder posteriormente. No obstante, se cuenta con apenas cuatro referencias de su presencia en Costa Rica.

La primera es la traducción –pocos años después– de los relatos suyos, realizada por el célebre diplomático Manuel María Peralta Alfaro, conocido como el Marqués de Peralta, los cuales fueron publicados entre 1871 y 1872 en el periódico *El Costarricense*. Lamentablemente, los números en que aparecieron están extraviados hoy, lo que nos ha obligado a traducirlos de nuevo.

La segunda mención proviene de una detallada recopilación de las publicaciones sobre nuestro país durante el siglo XIX, efectuada por el naturalista suizo Paul Biolley, quien aludió así a esa iniciativa: "*La traducción de estas cartas, debida a la pluma de don Manuel M. de Peralta, ha visto la luz pública en el periódico El Costarricense números 38, 39 y 40, año de 1871-72. El señor Léonce Pictet salió de Greytown y*

se estableció por algún tiempo en la confluencia del San Juan y del Sarapiquí, lugar de donde sus seis cartas van fechadas. Ellas contienen descripciones interesantes de la región y consejos a los inmigrantes" (Biolley, 1902).

A propósito de estos relatos, la tercera referencia sobre Pictet corresponde a González Flores (1976), quien lo cataloga como profesor, y también como naturalista. Esto carece por completo de fundamento, aunque en realidad dicho autor –sin rigurosidad alguna– calificó así a otras personas que visitaron Costa Rica y que tuvieron una relación marginal o nula con el estudio de nuestra naturaleza.

La última mención proviene de Gómez (1977), quien asegura que Pictet arribó al país junto con los médicos y naturalistas alemanes Alexander von Frantzius y Karl Hoffmann, y que trató de establecer una finca en la ribera del río Sarapiquí como socio del primero. Esto es erróneo, pues dichos alemanes llegaron muchos años antes, en diciembre de 1853, en el bergantín *Antoinette*, que partió de Bremen con un centenar de alemanes y una pareja rusa; además, Pictet se asentó en Sarapiquí en 1869, un año después de que von Frantzius retornó a Alemania de manera definitiva, tras residir unos 14 años en Costa Rica (Hilje, 2013), de modo que ni siquiera se conocieron.

FRANCÓFONOS EN SARAPIQUÍ

Para retornar a Sarapiquí, se ignora el motivo exacto por el cual Pictet, tras arribar a San Juan del Norte (Greytown), en el Caribe de Nicaragua, eligió un punto de la región de Sarapiquí, por cierto de gran valor geoestratégico e histórico, como se relatará pronto. No obstante, la región ya había resultado de interés para otros colonos francófonos. Es decir, en medio del silencio de la montaña, al rumor de los ríos y los intermitentes sonidos de la fauna propia de esos lares silvestres, más de una vez se sumaron conversaciones, soliloquios, canciones, exclamaciones, imprecaciones, lamentos e improprios con acentos franceses, por boca de galos o de suizos.

No debe omitirse el hecho de que desde temprano en el siglo XIX, como parte de varias iniciativas gubernamentales para la colonización del país, hubo tentativas –todas fallidas–, para establecer comunidades de colonos ingleses, alemanes y franceses en diferentes

puntos de Costa Rica (Herrera, 1988). De esta última nacionalidad hubo dos proyectos en la vertiente del Pacífico, uno coordinado en 1825 por Pedro Rouhaud, para traer 200 familias a Río Grande, Puerto de Las Mantas, Esparza y Puntarenas, y otro, en 1849 y a cargo de Gabriel Lafond de Lurcy, para instalar 1000 colonos en Golfo Dulce.

A pesar de estos fracasos, Alfonso Dumartray, socio de la casa *Dumartray & Rouhaud*, sí logró establecerse por cuenta propia, y lo hizo en 1829 en Sarapiquí, donde por nueve años tuvo una gran hacienda, llamada San Alfonso, y que después se conocería como Hacienda Vieja (Meléndez, 1962). Esa propiedad incluía potreros para ganado, plantaciones de caña de azúcar, un ingenio y una destilería, más parcelas de maíz y plátano (von Frantzius, 1999); aunque la producción ganadera no alcanzó el éxito esperado, durante el segundo año de instalada la empresa se produjeron 15.000 quintales de azúcar y 48.000 litros de licor, que se comercializaban en San Juan del Norte como dulce en tapa y aguardiente, respectivamente (Meléndez, 1962; González Villalobos, 1976).

Sin embargo, en palabras de von Frantzius, escritas en 1862, "*desde el año de 1838 la plantación quedó casi completamente abandonada, de modo que poco a poco se fue perdiendo todo. No existen hoy más vestigios de las habitaciones; solo algunos pedazos de herramientas de máquinas, medio gastados, quedan en el suelo húmedo, como testimonio de la antigua victoria de la inteligencia humana sobre la fuerza de la vegetación de la selva tropical, tan difícilmente contrarrestada*". Posteriormente, esta hacienda fue adquirida por la empresa agrícola francesa *Henri de Wincop et Cie*, cuyo director era Philippe Auguste De Barruel-Beauvert, pero en 1846 la vendió a Atanasio de la Tijera, quien ese mismo año la negoció con nuestro gobierno, que no le daría ningún uso (Meléndez, 1962); por cierto, en una época este ciudadano nicaragüense fungió como Administrador General de Correos.

Es posible que hubiera otros francófonos, no documentados hasta hoy, aunque hubo un caso singular, que fuera narrado en detalle por el diplomático francés Félix Belly. En efecto, al llegar a nuestro país en marzo de 1858 por San Juan del Norte, en un punto de la ribera del río San Juan se topó a un paisano originario de Bretaña, a quien bautizó como *el nuevo Robinson*, en referencia al célebre personaje novelístico

Robinson Crusoe, y le dedicó un amplio espacio en el relato que escribió (Belly, 1999).

En una cabaña rústica, flanqueada por la densa selva y por una plantación de plátano, vivía este sujeto, rubio y gentil, de unos 30 años de edad, amancebado con una bella mulata –que incluso perturbó el ánimo del formal diplomático–, con quien había procreado una niña, por entonces de poco más de un año de edad. En la frugalidad propia de ese mundo, y con la ubicua y cotidiana presencia de serpientes, que él mataba a garrotazos, la desaprensiva pareja se alimentaba de tortillas, plátanos y zapotes, más conejos y otra carne de monte. Este innominado aventurero había recalado ahí en 1855, después de buscar fortuna fácil en vano en San Juan del Norte. Cabe acotar que esta ciudad había alcanzado su época de esplendor durante la *fiebre del oro*, entre 1848 y 1855. Era un sitio muy cosmopolita, pues con frecuencia llegaban barcos de Europa y EE.UU. (Figura 1A); además, la ciudad tenía hermosas construcciones, con la arquitectura típica de las colonias británicas del Caribe (Figura 1B).

Quizás a otros trotamundos y aventureros les aconteció lo mismo que al citado bretón, pero no pareciera ser el caso del suizo Pictet, como se verá pronto.

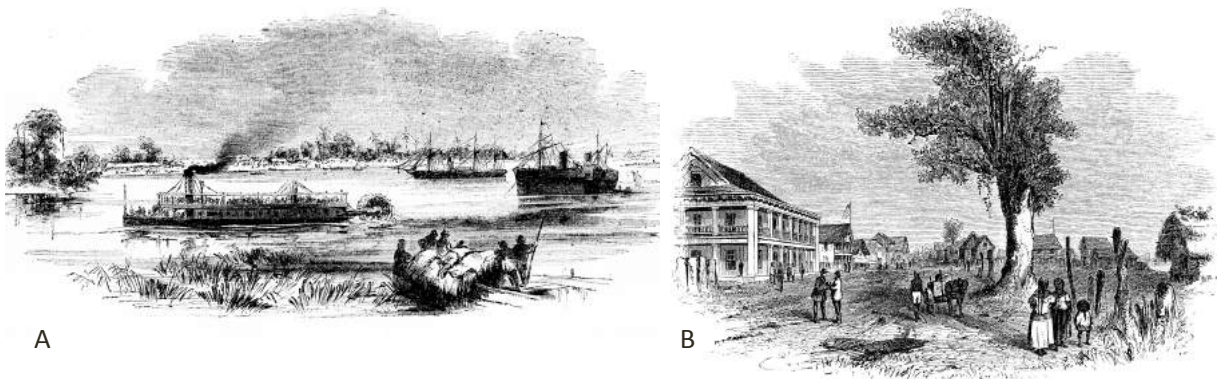


Figura 1. Vistas de la bahía de San Juan del Norte en 1855 (A) y de la ciudad en su apogeo, en 1853, donde aparece un elegante hotel contiguo al edificio del consulado británico, sobre la céntrica calle King (B). Fuentes: Archivos Museo Histórico Cultural Juan Santamaría y Anónimo (2008), respectivamente.

EN LA DESEMBOCADURA DEL SARAPIQUÍ

El 24 de enero de 1848, en la actual Coloma, en California, mientras construían un aserradero en el predio de un inmigrante suizo llamado John Sutter, en la margen del río Americano, sus trabajadores descubrieron una pepita de oro. Tan buena noticia desató un movimiento migratorio que se fue incrementando de manera acelerada, hasta volverse una avalancha humana. Y fue así como durante siete años, hasta 1855, el río San Juan se convirtió en la ruta natural para viajar desde la costa oriental de EE.UU., hasta el lugar donde estaban los yacimientos auríferos.

Atento a los hechos, así como astuto, el comodoro Cornelius Vanderbilt fundó la *Compañía Accesorio del Tránsito*, para facilitar el desplazamiento de esa masa humana por la llamada *vía del Tránsito*. Ésta consistía en una ruta que implicaba navegar por el río en pequeños vapores desde San Juan del Norte, y atravesar el lago de Nicaragua hasta La Virgen, desde donde se avanzaba en diligencia hasta San Juan del Sur, para después embarcarse hasta San Francisco de California (Obregón Quesada, 2001). Como parte de esa vía, los vapores solían hacer una parada en un grupo de ranchos en territorio de Nicaragua, exactamente enfrente de la desembocadura del río Sarapiquí, donde el joven alemán Wilhelm Hipp los abastecía de leña, a la vez que ofrecía servicios de hospedaje, viandas y bebidas; por eso se le llamaba Punto de Hipp o Punta Hipp.

Por cierto, de paso por las posesiones de Hipp en enero de 1853, el diplomático estadounidense Ephraim George Squier fue informado por él de que se había apropiado de una porción de tierra en Costa Rica, en la desembocadura del río Sarapiquí, y que en algún momento dos franceses pretendieron instalarse ahí –con la venia de nuestro gobierno–, pero que él se dio de golpes con ellos y los hizo huir hacia San Juan del Norte (Anónimo, 2008). Sin embargo, cuando en abril de 1853 pasaron por ahí los viajeros Moritz Wagner y Karl Scherzer, en la citada desembocadura lo que había era cabañas rústicas pertenecientes al botero costarricense Francisco Alvarado, que las alquilaba a los transeúntes. Como un detalle interesante, agregaban que *"el vivir aquí tiene, a pesar de lo grandioso de la selva, poco*

atractivo, y a la carencia absoluta de confort se añade un calor insoportable y el tormento de los mosquitos" (Wagner y Scherzer, 1974).

Es decir, Punta Hipp o La Trinidad –como se le bautizó después en honor del general nicaragüense José Trinidad Muñoz– fue un punto clave en la época de la *fiebre del oro*, así como también para adentrarse en territorio de Costa Rica mediante botes, que llegaban hasta un embarcadero rústico en Muelle, desde donde después una trocha de montaña conducía hasta Alajuela, Heredia y San José, las tres ciudades más próximas, asentadas en el Valle Central.

Pero, por esta misma razón geoestratégica, La Trinidad se convertiría en un sitio fundamental durante la Campaña Nacional contra el ejército filibustero comandado por William Walker –entre marzo de 1856 y mayo de 1857–, quien guiado por la doctrina del *destino manifiesto* y apoyado con holgura por la poderosa confederación de estados sureños de EE.UU., pretendía anexarse las repúblicas centroamericanas e implantar en ellas la esclavitud (Obregón Loría, 1991). Para Walker, quien en junio de 1856 alcanzó la presidencia de Nicaragua, el río San Juan representaba la arteria por la cual fluían mercenarios y pertrechos militares desde la costa oriental de EE.UU., y para lograr sus propósitos incluso despojó a Vanderbilt de su compañía naviera.

Tan importante fue Sarapiquí durante la Campaña Nacional, que el 10 de abril de 1856 se libró en el estero del río Sardinal –afluente del Sarapiquí–, una batalla de la que la tropa costarricense salió airoso (Obregón Loría, 1991); por cierto, en ella figuró Hipp como colaborador de los filibusteros. Pero, más determinante aún, fue la batalla librada en La Trinidad el 22 de diciembre de ese año, la cual tuvo lugar al costado izquierdo de la boca del río Sarapiquí (Figura 2A), sitio en el que se acantonaba un grupo de filibusteros, en territorio de Costa Rica, en un descampado donde tiempo antes estuvieron las rústicas cabañas del botero Alvarado (Figura 2B).



Figura 2. Confluencia de los ríos Sarapiquí y San Juan (A), así como algunas cabañas en ambas riberas de ese punto, vistas desde el San Juan, en 1856 (B). Fuentes: Hoja cartográfica 122 Trinidad (Instituto Geográfico Nacional) y Archivos Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.

Y fue justamente en el sector frente a ese punto, en el costado derecho de la boca del río Sarapiquí, donde el colono Pictet y un amigo descrito tan solo con la inicial W. se afincaron, porque ahí las *"comunicaciones [son] mucho más frecuentes y más fáciles"*, como lo narra en su primera carta; en ella también consigna que estaban a tan solo unos diez minutos de la desembocadura del Sarapiquí en el San Juan. Es oportuno resaltar que varias frases aparecidas en sus cartas revelan que Pictet y su amigo pensaban establecerse ahí por largo tiempo.

Así, entre las vastedades silvestres que bordean el río San Juan, casi infinitas, ellos eligieron un punto relativamente cómodo, así como pletórico de historia, pues la batalla de La Trinidad marcó el inicio del fin de Walker quien, tras perder sus tres guarniciones militares en el río San Juan (La Trinidad, el Castillo Viejo y el fuerte de San Carlos), se rindió en Rivas el 1° de mayo de 1857. Con ello expiró el intento de implantar la esclavitud en los países centroamericanos. Cabe acotar que, de hecho, en una de sus cartas Pictet alude a la época en que Walker y su ejército filibustero dominaron esa zona.

¿QUIÉN ERA LÉONCE PICTET?

Ahora bien, ¿era Pictet un simple aventurero, como el bretón que Belly halló en las montañas ribereñas del San Juan? Definitivamente no, a juzgar por el hecho de que mantenía un cercano vínculo con su familia, además de que era una persona educada y refinada, como lo revelan su habilidad para escribir y el hecho de que incluso tomó clases en la por entonces muy reputada y cosmopolita Academia de Ginebra –hoy Universidad de Ginebra–, como se verá en sus cartas y también consta en un documento oficial de dicha entidad, que aparece más adelante.

En realidad, él provenía de una familia de prosapia y de larga data en la historia de Ginebra (Candaux *et al.*, 1974). Tan es así, que hoy incluso existe una entidad denominada Fundación de los Archivos de la Familia Pictet, tutelada por los descendientes de dicha familia, en la que se conservan fuentes documentales de gran valor histórico, tanto escritas como pictóricas.

Cabe acotar que su nombre completo era Léonce Eric Charles Pictet de Bock (Figura 3A), nacido en Ginebra el 14 de enero de 1848; esto significa que al asentarse en Sarapiquí estaba por alcanzar los 21 años de edad. Era hijo del hogar conformado por Auguste Pictet Micheli (1804-1874) y Cécile Julie de Bock de Berg (1815-1883), de buena posición social y económica.

Fue el cuarto de una prole de cinco varones: Théodore (1843-1865), Oswald (1844-1909), Raoul (1846-1929) y Eugène (1852-1919).¹ Todos alcanzarían la edad adulta y se casarían (Figura 3B), con excepción de Théodore, quien murió joven, víctima de una enfermedad pulmonar. Como se verá posteriormente, este fue un mal recurrente, causante de varias muertes en la familia.

¹ Esta información, así como la que sigue, proviene de sus biógrafos (Candaux *et al.*, 1974) y del portal de la Sociedad Ginebrina de Genealogía (www.gen-gen.ch).



Figura 3. Léonce Pictet a los 20 años de edad (A), y cerca de 1880, con su esposa, hermanos y cuñadas (B). En B aparecen (de izquierda a derecha) Henriette, Léonce, Eugène, Raoul y Oswald (de arriba hacia abajo), más las cónyuges Hélène (sentada) y Mary (de pie). Fuente: Candaux et al. (1974).

Oswald estudió en la Academia de Ginebra, y después lo hizo en Alemania. De regreso a Ginebra, fungió como banquero por toda su vida, que fue tranquila y cómoda. Se casó con Mary Martin Franel, pero enviudó y contrajo nupcias con Aloïse Peyrot Pictet. No tuvo descendencia.

En cuanto a Raoul, se formó en la Academia de Ginebra y después en Francia, en la Escuela Politécnica y La Sorbona. Se convertiría en un notable físico, que hizo grandes aportes en el conocimiento de la licuefacción de los gases. Se casó con Louise Reich, con quien procreó a Théodore, Paul, Thérèse, Violette y Margarite. En segundas nupcias, con Hélène Roget, tuvo a Jeanne, Marie, Jean y Alice.

Finalmente, Eugène cursó estudios de ingeniería en Ginebra y en el Politécnico de Karlsruhe, en Alemania. Se convertiría en un destacado empresario en los ramos del vidrio, la cerveza, el papel y los productos químicos. Tras enviudar de Hilda Naville de Pourtalès, con quien

procreó a Augusto, Théodore y Elisabeth, se casó con Marguerite Imbert Koechlin, madre de Amélie y Berthe-Alöise.

Nótese que, a diferencia de sus hermanos, que emprendieron sólidas carreras profesionales y vivieron con holgura económica, Léonce tenía un espíritu más bien aventurero. Tal vez deseaba recorrer el mundo para descubrir cosas nuevas, así como para poner a prueba su carácter y su temple. Fue así como en 1868, con apenas 20 años de edad y posiblemente auxiliado con algún patrimonio familiar al inicio, partió hacia EE.UU., donde se estableció en las cercanías de Tell City, en Indiana, para trabajar con un paisano que tenía un establecimiento agrícola.

Se ignora por qué no permaneció ahí por más tiempo, en un lugar donde contaba con varias comodidades. Por ejemplo, en la finca en que vivía había una hermosa casa, muy bien construida, con un granero al lado, según se observa en un dibujo incluido en el libro de Candaux *et al.* (1974) (Figura 4). Es importante señalar que la leyenda al pie de esta imagen se presta a confusión, pues indica que es la propiedad de Pictet en América, en 1869, por lo que se podría pensar que era la casa a orillas del río Sarapiquí. Esto resultaba extraño a primera vista, pues el propio Pictet habla de que construyó ahí un rancho rústico y no una casa, hasta con chimeneas. Además, aparte de algunos tocones de árboles, no se observa el bosque circundante, y los tres árboles dibujados carecen de follaje, algo impensable en la selva sempervirente de Sarapiquí. No obstante, la propia madre de Pictet había especificado que esa era la casa en Indiana.²

Es de suponer que en EE.UU. escuchara acerca de oportunidades que habría en Greytown, donde podría invertir bien los ahorros que había acumulado hasta entonces. Sin embargo, en realidad arribó a San Juan del Norte unos 15 años después del apogeo de este puerto caribeño, y cuando de la época literalmente dorada que se vivió allí no quedaba más que la leyenda.

² Debemos esta aclaración a Laurent Christeller, de la Fondation des Archives de la Famille Pictet.



Figura 4. Casa donde vivió Pictet, en Indiana. Fuente: Candaux *et al.* (1974).

Según Candaux *et al.* (1974), a orillas de los ríos Sarapiquí y San Juan "vivió la existencia ruda y maravillosa de los pioneros, disputando su alimentación con los pumas, cazando chanchos de monte con los indígenas, adaptándose a las lluvias y los calores tropicales", que son juicios algo dramáticos y exagerados, en comparación con lo que el propio Pictet narra en sus cartas.

Ahora bien, como se verá en sus cartas, cuando ya había construido su casa, una desmesurada inundación afectó toda esa zona y arrasó su hogar, por lo que tiempo después él decidió mudarse a la capital. Esto ocurrió durante el primer gobierno del militar Tomás Guardia Gutiérrez (1870-1876), sucesor de Jesús Jiménez Zamora, a quien él se refiere en una de sus cartas.

Aunque para entonces San José era una ciudad pequeña, realmente aldeana, en ella residían numerosos extranjeros, incluyendo franceses. Como una curiosidad, tan temprana fue la presencia de galos en nuestro país, que en febrero de 1814, al ser bautizado el infante Juan Rafael (Juanito) Mora Porras –futuro presidente de la República y héroe nacional–, sus padrinos fueron el agricultor, empresario y ex-jefe de Estado, José Rafael Gallegos Alvarado y su esposa Teresa Rameau Palacios, hija del ciudadano francés Francois Rameau Mercadel, residente en el país.

Es oportuno destacar que en el primer censo formal levantado en el país, seis años antes del arribo de Pictet, en 1864 (Costa Rica, 1868), las cifras de europeos eran las siguientes: alemanes (164), franceses (65), ingleses (54), españoles (40), escoceses (20), italianos (18), portugueses (10), suizos (8), irlandeses (5), polacos (3), daneses (2), suecos (2) y rusos (1). Nótese que había muchas personas francófonas, de modo que él contaba con condiciones para rehacer su vida ahí, además de que varias de ellas tenían sus propios establecimientos comerciales.

Al respecto, conviene resaltar que, por alguna razón que no sido esclarecida hasta ahora, en el segundo semestre de 1869 –en coincidencia cronológica con el arribo de Pictet a Sarapiquí–, surgieron ahí negocios como la *Librería Francesa*, de Pedro Boisard; la *Sastrería de París*, de P.A. Viaud; la *Barbería Francesa*, de Eduard Causse; la *Galería Fotográfica Francesa*, de H. Arbaud; la *Carnicería de París*, de Juan Carrié, y la *Botica Francesa*, del polaco Emilio Moraczewski (Hilje, 2013); al año siguiente se instalaron baños franceses, de Turret Grignan. Asimismo, desde antes existían negocios de varios otros galos, como la famosa *Zapatería Francesa*, de Eugenio Boulanger, y era posible conseguir publicaciones francesas, incluyendo el célebre *Le Monde Illustree*. No obstante, pareciera que Pictet no trabajó ni se alió con ninguno de ellos.

De su estadía en Costa Rica, se conoce que "*estudió la economía del país, subió a los volcanes Irazú y Turrialba, y observó el carácter y las costumbres de los habitantes. Las largas misivas que escribía a su familia fueron tan cautivantes, luego de su llegada a América Central, que el **Diario de Ginebra** comenzó a publicarlas en su folletín, y más tarde la Sociedad de Geografía de Ginebra publicaba en su boletín un resumen grande*" (Candaux et al., 1974). Nótese que, aparte de las cartas aquí traducidas, él escribió otras narraciones que quizás a través de su familia llegaron a manos del reputado geógrafo Henri de Laharpe. Y fue así como en 1874, cuando Pictet aún residía en Costa Rica, Laharpe publicó un artículo de 45 páginas, intitulado *Costa Rica*; lo hizo en *Le Globe*, la revista oficial de la Sociedad de Geografía de Ginebra.³

³ *Le Globe*, 1874. Costa Rica (Résumé d'une correspondance). Tome XIII, p. 235-280.

Una vez más, esto denota lo educado que era Pictet, así como su habilidad para escribir, de lo cual pudo haber obtenido provecho para surgir y vivir bien en Costa Rica. Sin embargo, más bien sufrió penurias. Candaux *et al.* (1974) anotan que *"en San José, sin embargo, la situación de Léonce se deterioró rápido. En abril de 1873, el audaz finquero no era más que un pobre diablo al servicio del negociante Isidoro [Isidro] Levkowicz. Su hermano Oswald le reprochaba esta situación, y Léonce respondía con humor: «En Europa ustedes viven todos de prejuicios; por mi parte, busco lo más posible perderlos»"*. Nótese, empero, que se ignora por completo lo que hizo entre enero de 1870 y abril de 1873.

En cuanto a su relación laboral con Levkowicz, debe haber sido corta, pues hay evidencias de que éste había establecido una tienda de ropa importada en la capital, apenas en noviembre de 1872. Cabe acotar que en enero de ese año había arribado al país el médico David Levkowicz, quien decía haber estudiado en las universidades de Berlín y Viena (Hilje, 2013), lo que hace suponer que eran alemanes, a pesar de que el apellido pareciera polaco.

Pero también se ignoran las actividades de Pictet entre abril de 1873 y 1875, que fue cuando abandonó Costa Rica, con rumbo a Nicaragua. Para entonces su padre había muerto.

Es importante acotar que el primer día de ese año se tenía planeado inaugurar el Instituto Nacional, aunque después el acto se pospuso para el 16 de mayo (Hilje, 2013). Éste era el primer ente de secundaria en la historia de nuestra capital, y se le deseaba conferir un alto grado de calidad, por lo que se reclutó a cuatro profesores en Europa: el suizo Renard Thurman, los alemanes Gustavo Frangott Schwarz y Helmuth Polakowsky, y el italiano Rodolfo Bertoglio. Es decir, si Pictet hubiera sido naturalista y profesor, como lo consigna González Flores (1976), esta representaba una providencial oportunidad laboral, pero no lo fue, porque no tenía esas credenciales. Aún más, quien contrató a esos cuatro profesores fue el diplomático Manuel María Peralta –por entonces residente en Londres, como Encargado de Negocios de Costa Rica–, y fue él quien en 1871-1872 tradujo y publicó las cartas de Pictet, de modo que sabía bien que éste no era un académico.

Ahora bien, según Candaux et al. (1974), Pictet "se pasó a Nicaragua, donde la degradación de las costumbres le repugnó". Ante tal situación, "al encontrar una oportunidad de embarcarse, regresó a Europa disgustado y decepcionado". ¡Había terminado así su vida de colono aventurero!

Ya en Suiza, reincorporado al núcleo familiar del que se había alejado por seis largos años, en mayo de 1876 acompañó a su madre viuda, que era nativa de Livonie –hoy parte de Letonia y Estonia–, en un viaje por las ciudades de Riga, en Letonia, y San Petersburgo, en Rusia.

Asimismo, poco antes, el 25 de febrero participó en una sesión de la Sociedad de Geografía de Ginebra, de lo cual se informó así: "*El Profesor Laharpe a continuación da lectura de los extractos, hechos y compilados por él mismo, de una correspondencia del Sr. Léonce Pictet durante su estadía en Costa Rica y Nicaragua; este trabajo fue publicado en una de las ediciones de **Le Globe**. El Sr. Pictet, presente en la sesión, agrega algunas palabras sobre los trabajos realizados para establecer una línea férrea a través del istmo, durante los últimos meses de su estadía en el país. Esto se redujo a poca cosa, a pesar de los esfuerzos, más aparentes que reales, en los cuales se gastaron entre 15 y 16 millones. Pero una vez comprometidos, el gobierno no pudo dejar esta empresa inconclusa y tuvo que continuarla*".⁴ Aquí se alude al proyecto iniciado en 1871 por el presidente Guardia para construir el ferrocarril al Caribe, que aunque topó con innumerables vicisitudes y polémicas, culminó con éxito en diciembre de 1890.

En cuanto a la vida privada de Pictet, ese mismo año se enamoró de Henriette Baron Franel, de apenas 19 años de edad y oriunda Vaud, cantón suizo. La conoció donde su hermano Oswald, pues era prima de Mary, la esposa de éste, e hija de Jeanne Louise-Philippine Franel. Con diez años más que ella, contrajeron nupcias el 5 de setiembre de 1877, en la iglesia de Saint-Martin de Vevey.

Puesto que no tenía una profesión, como sus hermanos, y tras su mala experiencia de empleado de tienda en Costa Rica, Léonce tenía que resolver cómo vivir. De manera visionaria, en 1877 "*lanza en Ginebra, con base en el modelo americano, una agencia de periódicos. La*

⁴ *Le Globe*. Extraits des procès-verbaux des séances de la Société. Session 1875-1876. Tome 15, p. 25.

iniciativa se dio en un buen momento. Instaló su oficina en el N° 14 de la calle Stand. Léonce pronto fue el distribuidor exclusivo para toda Suiza de los principales diarios franceses: Figaro, Petit Journal, Lanterne, Temps, Petit Lyonnais, etc. En las plazas de Ginebra se multiplicaron sus kioscos medio góticos y medio chinos, tan característicos del gusto de la época".

Cabe acotar que practicó la esgrima, junto con otros familiares, de hecho, hay una imagen suya con algunos parientes, más otros cófrades, en un mural que existe en la sala de armas de la Sociedad Ginebrina de Esgrima; el mural es obra del dibujante Hippolytus Coutau.

En medio de su éxito empresarial, con su esposa procrearía a Horace (1878-1899), Henri (1879-1905) y Ariane (1881-1983). Pero, al igual que Théodore, su hermano mayor, una enfermedad pulmonar acabaría con su vida el 22 de enero de 1886, una semana después de cumplir 38 años.

En cuanto a sus hijos varones, Horace estudió humanidades en el Colegio de los Hermanos Moravos, en Neuwied, a orillas del Rin, y moriría de una enfermedad pulmonar, con tan solo 21 años de edad. Por su parte, Henri, que fue cadete, después de haber residido en México por varios años, en el rancho Necker –no fue posible identificar este sitio, aunque hay uno homónimo en las islas Vírgenes– se casó en 1905 con Marguerite de Rougemont de la Schadau. Tras emprender un prolongado viaje de bodas a la India, al regreso se suicidó, cuando frisaba los 26 años; siete meses después, el 23 de mayo de 1906, nacería Nadèje, quien en 1930 se casó con el portugués Narcisso Freire de Andrade (1898-1968). En contraposición con sus hermanos, que murieron jóvenes, la única hija de Pictet, Ariane, alcanzó 102 años de edad; casada con Lucien Naville (1881-1956), ellos mantuvieron el negocio de periódicos creado por Pictet y mantenido por su viuda, el cual se expandió poco a poco, y existe hasta hoy con el nombre *Naville S.A.*

Para culminar este recuento biográfico de Pictet, es importante destacar que su viuda se casaría en 1903 con el estadounidense James Tuttle Bates (1844-1914), quien había enviudado de la suiza Amélie Chenevière. Este acaudalado empresario había llegado a Suiza en

1875, donde fundó en 1879 el diario *Tribune de Genève* (*Tribuna de Ginebra*).

Por último, es oportuno incluir aquí dos referencias acerca de Pictet. La primera proviene de un libro oficial de la Academia de Ginebra (Stelling-Michaud, 1976), en la que hay breves recuentos biográficos de quienes fueron sus estudiantes entre 1559 y 1878. Ahí consta lo siguiente: "*Pictet Léonce [Eric Charles], de Ginebra. 14 enero 1848-22 enero 1886, en Ginebra. Parte para EE.UU. en 1868, pionero en América del Sur en 1869, comercio en San José de Costa Rica en 1870, Nicaragua 1875. En Ginebra inicia en 1877 una Agencia de Periódicos que pasó a ser Naville y Cía. en 1903*".

La otra referencia es que, al día siguiente de su muerte, el diario que había acogido sus cartas publicó el siguiente obituario: "*Nos hemos enterado con pesar de la muerte del Sr. Léonce Pictet, muy conocido en nuestra ciudad como el director de la Agencia de periódicos y como propietario de los kioscos de venta. Antes de instalarse en su ciudad natal y tener esta empresa, el Sr. Pictet había pasado varios años en el istmo de Nicaragua, y los lectores del Diario de Ginebra tal vez no puedan olvidar las narraciones que hemos publicado, hace quince o dieciséis años, sobre su vida de finquero en las márgenes del San Juan. Él tenía habilidades de escritor tanto como de hombre de negocios. El Sr. Pictet sucumbió a una larga enfermedad; tenía 38 años de edad*".⁵

LAS CARTAS DE PICTET

Como se indicó al principio, al citar las propias palabras del diario suizo *Journal de Genève* (Figura 5), no fue Pictet quien les remitió sus cartas, sino sus familiares, de modo que tienen el tono intimista que es propio de este tipo de correspondencia. Al respecto, es de suponer que hubo más cartas, pero que sus parientes seleccionaron aquellas que resultaban más atractivas e interesantes para el público; además, en ellas se alude a tres personajes con las iniciales W., D. y B., sin mencionar nunca sus nombres completos, pero es posible que esto lo hicieran sus familiares por respeto a la privacidad de estas personas.

⁵ *Journal de Genève*, No. 19, 2a. edición, 23 de enero de 1886, p. 3.



Figura 5. Facsimil de la primera página del *Journal de Genève* en que apareció (en la parte inferior) la primera carta de Pictet.

Ahora bien, es oportuno mencionar que algunos párrafos son muy extensos, y también se abusa del uso del signo de punto y coma, por lo que decidimos editar las cartas, para hacer más fluida su lectura. Asimismo, con fines explicativos, incluimos abundantes pies de página, y cuando se trata de aclaraciones breves, utilizamos paréntesis cuadrados o corchetes en el cuerpo de las cartas; la información que no está respaldada por referencias bibliográficas proviene de varias fuentes de internet, o de datos inéditos, hallados en documentos depositados en el Archivo Nacional de Costa Rica. Finalmente, como complemento de los relatos, se insertaron varias imágenes, cuya fuente se cita en las respectivas leyendas.

Carta I⁶
(Miércoles 22 de setiembre de 1869)

Les escribo algunas líneas en medio de la selva, a unos minutos del lugar donde hemos comenzado a desmontar. En mi carta anterior desde Greytown les decía que considerábamos ir hasta Nuelle [Muelle] subiendo el Sarapiquí, aunque a último momento y después de los consejos de aquellos que conocen el país, hemos decidido establecernos en la unión del Sarapiquí con el San Juan, donde encontramos comunicaciones mucho más frecuentes y más fáciles.⁷

La mañana del martes 14 de setiembre salimos de Greytown, pero como la corriente del río San Juan era bastante fuerte, llegamos aquí el jueves 16 de setiembre en la noche; no obstante, hay solo una quincena de leguas de aquí a Greytown.⁸

Sin embargo, no me quejo del tiempo que nos ha tomado este trayecto, porque las orillas del río son realmente magníficas, sobre todo en la medida que se avanza hacia el interior. Durante la noche acampamos a duras penas en las islas del río, algo incómodos por los mosquitos y los silbidos de las dantas; en el camino nos encontramos varias plantaciones pequeñas y recientes, y nos hemos divertido mucho con las tropas de grandes monos a los que el paso de nuestro bote nos les asustaba para nada; era la primera vez que yo veía esos animales en estado salvaje.⁹

⁶ *Journal de Genève*, No. 283, 4 de diciembre de 1869, p. 1-2. Nótese que, nomás al inicio, alude a una carta previa, enviada desde Greytown, la cual no fue posible localizar en dicho diario, aunque se revisaron todas las ediciones de semanas previas.

⁷ Habitado originalmente por los indios miskitos y zambos, el rey miskito Robert Charles Frederick –quien gobernó entre 1824 y 1842– no solo permitió a los británicos extraer valiosas maderas de sus prístinos bosques, sino que además bautizó el puerto de San Juan del Norte con el nombre de Greytown, en honor de Sir Charles Edward Grey quien se convertirá en gobernador de Jamaica entre 1847 y 1853. Por su parte, Muelle era un pequeño embarcadero a unos 45 km de la boca del río Sarapiquí, según el botero Rafael Ángel Orozco Reyes; en 1852 ahí se construyó un rancho para albergar una guarnición militar de 25 hombres, a cargo del capitán Francisco González Brenes, oriundo de Alajuela.

⁸ En realidad, esa distancia es de unas 10 leguas (55,35 km), aunque otrora Molina (2007) la consignaba en 25 millas (40 km). En cuanto a las unidades de medida citadas en las cartas, corresponden a: legua (4,18 km), milla inglesa (1,6 km), pie (30,47 cm), libra (460 g) y quintal (100 kg).

⁹ Pareciera referirse a zancudos (familia Culicidae) y no a verdaderos mosquitos (familia Simuliidae). Asimismo, en el río San Juan hay varios islotes grandes, donde, por lo anotado, un animal tan grande como una danta (*Tapirus bairdii*) podría residir al menos de manera

Al fin, llegados aquí, un joven alemán llamado D. nos ha brindado hospedaje, hasta que hayamos desmontado nuestro terreno y construido la casa; es pues en la casa de ese D. donde les trazo estas líneas.¹⁰ Al día siguiente hemos ido con él a escoger el terreno. Hemos subido durante una decena de minutos el Sarapiquí, y hallado un lugar excelente, donde la ribera se eleva una veintena de pies, sin demasiados árboles grandes. El mismo día nos pusimos manos a la obra, con las hachas y los machetes, especie de sable empleado en el país para cortar las lianas. Lo que nos contraría es no estar en la estación en que se puede emplear el fuego, por lo que debemos tirar al río todos los restos de los árboles, y esto aumenta el trabajo. Conservamos los árboles más bellos, cuya presencia no oscurece los cultivos, como en los países fríos.

Aquí la estación de lluvias dura hasta diciembre, aunque no serán realmente fuertes sino hasta en noviembre y diciembre; para entonces nuestra casa estará terminada y espero que tengamos también el terreno listo. Las dos primeras cosas que vamos a sembrar son banano y maíz, y debemos plantar alrededor de 300 matas de banano, que nos darán frutos a los diez meses; en cuanto al maíz, se hacen cuatro cosechas por año y se puede sembrar en cualquier época del año. Mientras, las legumbres europeas no se pueden sembrar antes de marzo, a causa de los insectos.

Después de esto seguiremos limpiando el terreno, con el fin de establecer cacaotales y cafetales tanto como sea posible, pues esto es lo más rentable; pero los primeros no dan fruto sino hasta al cabo de cinco años y los otros a los tres: entonces hay que tener paciencia. Aquí no se puede sembrar ni trigo ni papas de Europa, aunque sí maíz y camote; en referencia a otras frutas hay naranjas, piñas que producen a los diez meses, caña de azúcar, cítricos, guayabas, tamarindos, cocos y

temporal, tras cruzar el río. Los monos citados corresponden a los robustos congos (*Alouatta palliata*), de pelaje oscuro, y que emiten potentes aullidos.

¹⁰ Se ignora quién era esta persona, así como si la citada inicial corresponde a su nombre o apellido. Cabe acotar que en San Juan del Norte vivió por largo tiempo el médico alemán Friedrich Julius Diezmann, pero este perfil no coincide con la descripción que Pictet hace de él posteriormente.

*melones. Todos estos productos van a Greytown, bajando por el San Juan.*¹¹

Estamos en la ribera derecha del río Sarapiquí, cerca de su desembocadura. En la ribera opuesta hay bosques casi impenetrables donde las dantas, los cariblanco y los saínos encuentran refugio seguro; la casa del alemán D. está ubicada en la propia confluencia de los dos ríos sobre la ribera derecha del San Juan, y por consiguiente, como la nuestra, en el territorio de Costa Rica. Al frente se extiende Nicaragua.

*Tal vez ustedes se han enterado que Nicaragua está en plena guerra civil. El ex-presidente Martínez quiere derrocar al actual presidente Guzmán. No sé nada más de eso, pues la parte del país donde nosotros estamos está de hecho inhabitada y los barcos de vapor descienden solo una vez al mes por el San Juan, viniendo del lago de Nicaragua, y las noticias del oeste son escasas.*¹²

*Las plantaciones del oeste han sufrido mucho, porque los obreros fueron reclutados para la guerra civil. Y en el Estado de Costa Rica los negocios van mal porque el café, el principal recurso de los colonos, ha bajado enormemente de valor como resultado de la competencia con cafés extranjeros, además de que las comunicaciones en la parte central de Costa Rica son muy difíciles; aquí por el contrario tenemos el San Juan, el cual comunica directamente con Greytown.*¹³

Todas las mañanas W. y yo salimos en canoa hacia nuestra futura plantación y desmontamos hasta la tarde; ya hemos escogido el lugar de la casa y en unos días más estaremos completamente instalados. No

¹¹ Los nombres científicos de los cultivos citados aquí y en párrafos posteriores, son: berenjena (*Solanum melongena*), cacao (*Theobroma cacao*), café (*Coffea arabica*), camote (*Ipomoea batatas*), caña de azúcar (*Saccharum officinarum*), cítricos (*Citrus spp.*), coco (*Cocos nucifera*), guayaba (*Psidium guajava*), maíz (*Zea mays*), melón (*Cucumis melo*), naranja (*Citrus sinensis*), piña (*Ananas comosus*), tamarindo (*Tamarindus indica*) y tomate (*Solanum lycopersicum*).

¹² Conservadores o legitimistas ambos, Fernando Guzmán Solórzano gobernó Nicaragua por un cuatrienio (1867-1871), en tanto que Tomás Martínez Guerrero lo había hecho por casi un decenio, entre 1857 y 1867.

¹³ Como ya se indicó, la distancia entre San Juan del Norte y La Trinidad es de 55 km, y de 45 km de ahí a Muelle. A este extenso trecho de ruta fluvial, había que sumarle 100 km transitados en mula, por una trocha selvática que poco a poco ascendía por Rancho Quemado, La Virgen, San Miguel y Cariblanco, hasta atravesar la Cordillera Volcánica Central por el paso de El Desengaño y descender hacia el Valle Central; en esa época, el actual Puerto Viejo no existía. Es decir, no era una ruta apta para el trasiego de mercaderías voluminosas.

hay árboles muy grandes en el terreno elegido, pero sí muchas lianas y otras plantas trepadoras, que bien desearía tener la gente de Europa en sus invernaderos, las cuales crecen aquí como mala hierba.

En la noche, cuando hay luna clara, el espectáculo de estos bosques tropicales es verdaderamente admirable, sobre todo a la orilla de los ríos.

Pareciera que estamos en un paraje encantado. Los mosquitos no aparecen antes de las nueve de la noche, y no son más grandes que los de Europa; y una vez encerrado en su mosquitero uno ya no los siente. En cuanto a los otros insectos, hay muchas hormigas, y debemos cerrar nuestras provisiones con gran cuidado.¹⁴

En lo concerniente a las serpientes, no he visto más que culebras y se les tiene más miedo en Europa que aquí. Los tigres están solamente en las montañas, donde encuentran abundancia de ciervos. Los remeros indígenas que nos trajeron desde Greytown (Figura 6) recorren esas montañas para recolectar el caucho, y nos han contado sus cacerías de tigres; cuando el tigre no muere al primer intento, se tira sobre los atacantes y hay que liquidarlo a machetazos.¹⁵



Figura 6. Uno de los botes que transitaban por el río San Juan, en 1849. Fuente: Baldwin (1891).

¹⁴ Aunque en esa zona hay varias especies de hormigas grandes, es evidente que Pictet se refiere a las hormigas guerreras, como *Eciton* spp. o *Labidus* spp., según el entomólogo John T. Longino; a menudo ellas hacen incursiones masivas en ranchos y casas, donde consumen los alimentos que encuentran.

¹⁵ Nótese que Pictet hace una distinción entre culebras –inocuas, que son la mayoría– y serpientes –venenosas–, pero en nuestros países esos términos se consideran sinónimos. Por su parte, en América no hay tigres, aunque sí jaguares (*Panthera onca*), especie con la que lo confundían entonces los europeos. En cuanto a los ciervos, tampoco los hay en Costa Rica, por lo que él alude al venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*) o al cabro de monte (*Mazama americana*).

Menos peligrosa que la caza del tigre, es la de cariblancos, especie de cerdos salvajes que recorren los bosques en grandes manadas. Cuando uno de esos batallones pasa, se debe correr a treparse al primer árbol encontrado, para alejarse de la manada, si no se quiere correr el riesgo de ser aplastado. Existe también una especie grande de saíno y las dantas, pero es difícil verlas, porque están en la espesura más impenetrable.¹⁶

Lo que más les gustaría son los grandes loros, los cuales me parecen magníficos; son muy comunes tanto como los pericos, y se aprecian muy bien. Más adelante planeo montarme una colección de animales, sin hablar de los monos, de los cuales hay varias especies, pero por el momento tenemos demasiado trabajo para pensar en nuestros rifles. En cuanto a otros pájaros, hay abundancia de grullas, faisanes y tucanes con un pico más grueso que el cuerpo, y una multitud de otras aves.¹⁷ Poco a poco les contaré todo en detalle. Por el momento mis ideas están todavía enredadas; cuando conozca bien el país, mis cartas serán menos aburridas.

Este alemán de nombre D. donde nos alojamos en espera de terminar nuestra obra, es un hombre educado, que ha recibido instrucción; es de Leipzig, su padre era capitán de navío y él ha viajado mucho por Europa, Australia y América. Él deberá regresar a Europa en unos tres años; su plantación es bastante grande, pero solo de vez en cuando va a vender su cacao y sus bananos a Greytown.

Dentro de unos días vamos a tener tres o cuatro vecinos instalados entre la propiedad de D. y nuestro terreno. Eso será una especie de pequeño puesto militar con el fin de impedir a los nicaragüenses pasar al Estado de Costa Rica a recolectar caucho y hacer expediciones de

¹⁶ En Costa Rica existen el cariblanco o chanco de monte (*Tayassu pecari*) y el saíno (*Pecari tajacu*), de los cuales el primero es más voluminoso –no como lo indica Pictet– y forma manadas más grandes; además, la parte inferior de su cara es blanca, en tanto que el saíno muestra un collar crema. En otras cartas Pictet alude de manera errónea al jabalí (*Sus scrofa*), ancestro del cerdo doméstico (*Sus scrofa domestica*) y común en Europa.

¹⁷ De las aves citadas, los loros más bien corresponden a las bellas lapas o guacamayas, de las que hay una especie roja (*Ara macao*) y otra verde (*Ara ambiguus*); de loros y pericos (familia Psittacidae) hay varias especies en esa zona. Por su parte, en Costa Rica no hay grullas ni faisanes, y Pictet de seguro más bien alude a garzas (familia Ardeidae y otras) y pavas (familia Cracidae), respectivamente. En cuanto a los tucanes (familia Ramphastidae), según el ornitólogo Pablo Elizondo, ahí viven cuatro de las cinco especies que hay en el país, incluyendo al muy grande y bello tucán pico arcoiris.

*filibusteros [piratas]. De aquí al centro de Costa Rica solo se puede ir por el río Sarapiquí, y algunos hombres situados en su desembocadura son suficientes para impedir el paso.*¹⁸

Los costarricenses son muy celosos de su caucho y la recolección es casi un monopolio. Dos o tres hombres se reúnen y se van en su canoa; se detienen en cualquier lugar del Sarapiquí, por ejemplo, amarran su canoa a la orilla y se internan en el bosque, abriéndose paso con el machete. Ellos hacen marcas en los árboles para encontrar después el camino, y cuando encuentran un lugar con varios árboles de caucho, acampan ahí algunos días; hacen en los troncos incisiones en espiral hasta la cumbre, y el caucho sale como leche. Arriba del árbol deben cuidarse de las serpientes que se esconden entre el follaje.

*Algunas veces esos árboles se encuentran en terrenos pantanosos, donde uno se hunde en el lodo hasta el cuello, aunque también en unos días se pueden ganar varios centenares de francos; con la canoa cargada vuelven a bajar a Greytown y venden su caucho a los comerciantes. En el terreno que desmontamos hay algunos de esos árboles, pero no son suficientes para hacer una explotación; a veces también se encuentran vainilla y quina en esos bosques.*¹⁹

*En el río hay muchos peces y una especie llamada manatí, que da varias centenas de libras de grasa; se le arponea, pero es poco común. En cuanto a los caimanes, son extremadamente raros y no se corre ningún riesgo bañándose ahí. Lo que sí es común son las iguanas, de hasta 4 o 5 pies de largo y se dice que son muy sabrosas; he visto cantidades, no son salvajes para nada, y se mantienen sobre todo en los bordes del río.*²⁰

¹⁸ El caucho era extraído del árbol de hule (*Castilla elastica*), especie mesoamericana cuyo látex es de calidad muy inferior al del hule o caucho sudamericano (*Hevea brasiliensis*). Era muy abundante en esa zona, por lo que ya en 1854 hubo un intento formal para su explotación por una empresa nacional (Hilje, 2015). Muy apetecido por recolectores nicaragüenses, esto originó muchos conflictos a lo largo de la historia.

¹⁹ La vainilla (*Vanilla planifolia* y otras) es una orquídea de cuyo fruto se extrae un conocido saborizante homónimo. Por su parte, la quina (*Cinchona officinalis*), de la que se extrae la quinina, es de origen suramericano; es muy posible que la planta citada sea *Ladenbergia brenesii*, una especie nativa de quina que en 1932 fue recolectada por el botánico ramonense Alberto Brenes Mora, tras lo cual fue bautizada con su apellido por Paul C. Standley, en 1938.

²⁰ El manatí, al cual se aludirá en detalle después, no es un pez, sino un mamífero. De las iguanas, tanto la rayada (*Ctenosaura similis*) como la verde (*Iguana iguana*) viven en esa zona.

Aquí todas las plantaciones se encuentran al borde del San Juan, y desde que uno se aleja de la orilla del río se encuentra el bosque virgen. Asimismo, todas las comunicaciones tienen lugar por agua y en cada vivienda hay una canoa, maniobrada con paletas o remos cortos, lo cual encuentro más cansado que el remo, pero no queda más que acostumbrarse. Por el momento no tenemos más que un bote horrible que anda, o más bien que casi no anda, aunque D. va para Greytown en unos días y nos traerá uno bueno. Esas canoas están hechas de una sola pieza y son muy livianas (Figura 7), pero hay que cuidar el equilibrio adentro, para no caer al agua. Existen unas muy largas, que cuestan casi 500 francos, pero se pueden adquirir muy buenas por 75 o 100 francos.²¹



Figura 7. Canoa rústica, aún utilizada por algunos lugareños. Foto: Luko Hilje.

Quando se suben los ríos en canoa, hay que ir por las márgenes, donde la corriente es menos fuerte. La corriente del Sarapiquí es muy violenta, aunque eso es mejor que las aguas quietas que causan fiebres, pues el agua es fresca y muy buena para beber; allí nos bañamos todos los días, según los consejos del alemán. Los caimanes no nos molestan del todo en nuestras prácticas de natación, pero sí cientos de pequeños peces que vienen a picar las piernas; con una nasa se cogerían quintales en unas horas. En la actualidad tenemos demasiado trabajo para pensar solamente en cazar o pescar; más adelante tendremos mucho tiempo.²²

²¹ Según el lugareño Olivier Araya, hasta hoy esas canoas se han elaborado mediante la extracción, con una azuela, de la médula de grandes troncos de ceiba (*Ceiba pentandra*), cedro amargo (*Cedrela odorata*), caobilla o cedro macho (*Carapa guianensis*) o jabillo (*Hura crepitans*).

²² En aquella época aún se ignoraba la existencia de los microorganismos, y se creía que de las aguas estancadas y de cuerpos putrefactos surgían emanaciones miasmáticas o miasmas, que

Los indígenas de aquí construyen sus casas con caña, pero no queremos usar ese sistema, porque esas casas son muy húmedas. Haremos la nuestra de troncos de árboles acoplados, como lo hacen los colonos en Estados Unidos; se recubre el techo con hojas enormes de plantas acuáticas, hasta que haya tiempo de hacerse un refugio más respetable. Esos techos deben hacerse bien, y aún más en los trópicos, porque en noviembre y diciembre hay lluvias muy fuertes y las goteras nunca son agradables; con el tiempo haremos uno con tablilla pequeña.²³

Por lo demás, nuestra casa no será muy grande, pues ella tendrá 20 pies de largo por 15 de ancho; la puerta dará al río, pues al otro lado, como les he dicho, están los bosques magníficos pero más o menos impenetrables. Para darles una idea de la densidad de estos bosques, les digo que D. duró dos horas por tierra de su casa a nuestro desmonte, y se estima en no más de quince minutos entre las dos propiedades; por eso todas las comunicaciones se hacen aquí por agua.

En los alrededores habría lugares magníficos para los emigrantes, aunque por mí, mejor que no vengan pronto y nos dejen tranquilos. Prefiero la compañía de las iguanas a las de ciertas categorías de inmigrantes, sobre todo teniendo en cuenta que las iguanas son excelentes para comer y nos proporcionarían muy buenos asados. Cuando nos aburramos, en la noche por ejemplo, W. ejecutará música gracias una bella armónica que tiene, o bien leeremos, o jugaremos ajedrez; en fin, tendremos siempre bastante qué hacer para no temer al aburrimiento.

Cuando tengamos suficiente terreno limpio sembraremos maíz y plantaremos banano, que D. nos suministrará a razón de 25 francos el centenar. Debemos plantar alrededor de 300 matas; toman mucho

eran las causantes de fiebres y otras enfermedades. En cuanto a los peces, según los ictiólogos Ana Rosa Ramírez y Gustavo A. Arias, es muy probable que correspondan a las sardinas o picaculos (*Astyanax aeneus*), aunque también hay una especie de la misma familia (Characidae) que se le parece mucho, cuyo nombre es *Bryconamericus scleroparius*.

²³ Esa técnica constructiva consistía en cortar troncos de un diámetro uniforme, removerles la corteza, y con serrucho, hachuela y formón hacerles grandes incisiones o muescas en forma de montura, para poder acoplar los extremos de los troncos. Por su parte, el techo de tablilla quizás correspondía al tejamanil, que eran tablitas parecidas a tejas, quizás de madera de pejibaye (*Bactris gasipaes*), todavía usadas en esa zona.

*espacio y tienen de 15 a 18 pies de alto, y hay que sembrarlas unas después de las otras, con el fin de tener frutas todo el año. Hay dos especies, la pequeña que se come cruda, y otra que se come cocinada; se venden de 5 a 10 francos el centenar. En cuanto a los cocos, crecen naturalmente a la orilla del mar; en el interior del país hay que cultivarlos y dan fruto hasta cinco años después de plantados.*²⁴

*Con tiempo y trabajo se puede llegar a tener una gran variedad de frutas, y esto todo el año. Las legumbres de Europa prosperan también, sobre todo los melones, los tomates, las berenjenas; afortunadamente, tengo una buena provisión de todas esas semillas. Lo que nos faltará para nuestra alimentación será la carne; de hecho, tendremos que comer carne de caza y pescados. En cuanto al trigo, éste será reemplazado por el maíz. Además tendremos pollos, que se venden de 2,5 a 5 francos la unidad; se debe tener cuidado de encerrarlos en la noche, pues si no los zorros y las serpientes se los comerían rápido.*²⁵

Carta II²⁶
(Sábado 2 de octubre de 1869)

Al fin estamos instalados casi definitivamente. Después de que comencé esta carta hemos trabajado mucho, y luego de haber limpiado parte del terreno hemos construido una casa provisional, donde hemos puesto nuestras pertenencias y provisiones. Es en este palacio muy rústico y con una lluvia bastante fuerte, que les escribo estas líneas, mientras que W. toca música y una tropa de monos nos da una representación gratuita sobre un árbol vecino. Esos monos son

²⁴ En una carta posterior, Pictet indica que hay tres especies y que dos de ellas se asan y reemplazan al pan y las papas. Las tres provienen del cruce de dos musáceas silvestres (*Musa acuminata* y *M. balbisiana*); obviamente, la de consumo fresco es el banano, en tanto que las otras dos son el plátano, de gran tamaño, y el guineo, más pequeño. Al igual que estas plantas, el cocotero (*Cocos nucifera*) es una planta exótica, y ya en 1854 se le concedió a una empresa su explotación en la costa del Pacífico (Hilje, 2015), sobre todo como fuente de aceite para elaborar jabones y candelas finas, así como para lubricar ruedas de carreta y algunos otros artefactos.

²⁵ Es posible que, además del zorro pelón (*Didelphis marsupialis*), los pollos y gallinas fueran víctimas de las voraces y escurridizas comadrejas (*Mustela frenata*).

²⁶ *Journal de Genève*, No. 283, 4 de diciembre de 1869, p. 2.

todos negros, con flecos amarillos en la cabeza; son bastante feos y no tienen necesidad de disfrazarse.²⁷

Nuestra casa provisional se construyó rápido con caña, pero estamos alistando otra más sólida con troncos de árboles y ésta nos toma mucho tiempo y esfuerzo, porque para tener troncos rectos y no muy gruesos hay que ir lejos en el bosque; y una vez que el árbol es derribado, debemos quitar la corteza y traerlo hasta el emplazamiento de la casa. Es un trabajo muy cansado, pero reposamos a media jornada; dormimos en hamacas y nos protegemos de la lluvia con una lona gruesa encerada, extendida por arriba, y por último nos cubrimos con mosquiteros de tela fina, para estar al abrigo de los mosquitos.

La casa provisional es demasiado pequeña para acostarnos allí, y por eso atamos nuestras hamacas entre dos árboles, bajo la luz de la luna. Es encantador dormir así a la intemperie. No hay inconveniente. Todo lo contrario. Como la mañana es bastante fresca, estamos equipados con gruesas cobijas árabes que W. trajo de África; tampoco demasiado, pues estamos en el trópico.

Algo que nos toma mucho tiempo por el momento, son la cocina y el fuego; la madera está húmeda y hay que reintentar para encenderla y mantener el fuego, pero poco a poco eso funcionará. Ya hemos hecho cenas espléndidas con iguanas y arroz; jamás hubiera creído que esas grandes lagartijas fueran así de sabrosas. Se pueden matar tantas como se quiera, sin molestarse uno, porque ellas encuentran más agradable tenderse sobre el terreno limpio, que quedarse en el bosque húmedo.

La cantidad de pájaros diferentes que hay aquí es una cosa increíble. Esta mañana, por ejemplo, había alrededor de la cabaña una verdadera multitud compuesta por faisanes, palomas, loros, buitres y colibríes, todos gritando y saltando de rama en rama. Parecía un zoológico. Incluso por la noche no están tranquilos, y nos dan conciertos continuos, sin contar con una especie de sapo enorme que grita como si pidiera auxilio.²⁸

²⁷ Se refiere al mono carablanca (*Cebus capucinus*), cuyo cuerpo es negro, pero tiene pelaje amarillo pajizo en la frente, las mejillas, los hombros y el pecho. Además, son juguetones y pueden formar grandes tropas.

²⁸ En Costa Rica no hay buitres, pero sí gavilanes (familia Accipitridae) y halcones (familia Falconidae). Asimismo, en la región de Sarapiquí hay varias especies de pavas, palomas, tórtolas, loros, pericos y colibríes, pero son estrictamente diurnos; eso sí, es posible que de

En cuanto a los animales dañinos, cuya presencia pude constatar, no tengo más que nombrar a los mosquitos, las arañas y las hormigas; pero no son una plaga, sobre todo las arañas y las hormigas. De las serpientes puedo decir que hay bien pocas, pues desde que nosotros rondamos el bosque en búsqueda de árboles, aún no hemos visto una. También son raros los caimanes. Las riberas del Sarapiquí son muy altas por todos lados y la corriente es violenta, y tampoco hay sitios anegados; si hubiera, encontraríamos muchas serpientes y cocodrilos.²⁹

Les he contado que la casa está en la ribera derecha del Sarapiquí. Por todas partes estamos rodeados de bosque; el de la orilla opuesta es como impenetrable, pero a nuestra derecha está el que ha sido explorado por los buscadores de caucho, quienes han trazado caminos, y nos es muy cómodo.

Es ahí donde se puede admirar a gusto esos árboles enormes de los cuales cuelgan miles de lianas de todos tamaños, y algunas en flor; además, hay otras plantas parásitas de grandes hojas muy bellas, y todo eso es tan magnífico que me parece estar en alguna fantasía. Muchos de esos árboles tienen al menos cien pies de altura, y hay una cantidad de especies y de formas diferentes, sin hablar de las palmeras; no son esos bosques monótonos de roble, donde todos los árboles son idénticos uno del otro.³⁰ Además, el verdor es eterno y las hojas son reemplazadas en la medida que caen; el momento más lindo del año es después de la estación de lluvias, es decir, después de enero. Es

noche se escucharán las vocalizaciones de cuyeos (*Nyctidromus albicollis*), así como de búhos y lechuzas (familia Strigidae). Por su parte, el sapo enorme debe corresponder a la rana ternero o comepollos (*Leptodactylus savagei*), que es inmensa y emite ruidos muy fuertes.

²⁹ A lo largo de las cartas, Pictet incurre en confusiones al referirse al cocodrilo y al caimán. Para disipar dudas, es oportuno incluir la siguiente explicación, del herpetólogo Alejandro Solórzano. El cocodrilo americano (*Crocodylus acutus*) (familia Crocodylidae) mide 3-4 m, en promedio, y puede alcanzar más de 5 m; habita ríos de gran caudal y sus desembocaduras en el mar, así como esteros y lagunas grandes, donde se moviliza y caza, de manera oportunista. Por el contrario, el caimán o guajipal (*Caiman crocodilus*) (familia Alligatoridae) mide 1,5-2 m, y puede alcanzar 2,7 m; se encuentra desde pequeñas quebradas hasta ríos de gran caudal. En su relación con los humanos, el cocodrilo puede atacar si se ingresa en su territorio, sobre todo en la época de apareamiento y anidación; en cambio, el caimán casi siempre huye, aunque puede tornarse agresivo y morder si se le hostiga o se le intenta capturar.

³⁰ Es obvio que Pictet alude a bosques europeos tan homogéneos, compuestos por una sola o unas pocas especies de robles o encinos (*Quercus* spp.); en Costa Rica hay vastos robledales en las alturas de la cordillera de Talamanca.

entonces cuando la vegetación está más bella y todo en flor; ahora se puede decir que es invierno.

Sin embargo, hay una cosa de la cual he olvidado hablarles, y son los murciélagos; aquí se les llama vampiros, sin ser más grandes que los nuestros. Las primeras noches que pasé donde el alemán D. había miles que pasaban y repasaban sobre mi cabeza, rozándome casi la cara, porque todavía no tenía el mosquitero; la casa de este alemán está construida con caña y las puertas nunca están cerradas. También los murciélagos entran como quieren; primero yo no entendía qué iban a hacer tan cerca de mí, pero después vi que se comían los mosquitos y en grandes cantidades. Lo curioso es que una vez acostados sobre las tablas, casi no vimos más; ellos se mantienen sobre todo cerca de las habitaciones. Los paisanos aseguran que vienen a succionarles la sangre, pero estoy completamente seguro de que los calumnian.³¹

Hoy voy a llevar esta carta donde D., quien va el lunes a Greytown. Temo que va a pasar varios días en Greytown hasta que pueda partir, y no se está perfectamente seguro de que las cartas de aquí lleguen a su destino, porque no hay un servicio regular.

En mi próxima carta espero contarles de nuestra instalación definitiva en la cabaña que se ha empezado, y nuestros primeros intentos de siembra. Debemos apurarnos, para no ser sorprendidos por la estación de lluvias, lo cual sería muy desagradable; espero que en seis o siete días todo estará terminado. La finalidad de nuestro recorrido será subir lo más arriba posible el Sarapiquí, que es muy solitario, y tiene más encanto que navegar por el San Juan.

³¹ El vampiro (*Desmodus rotundus*) es el único murciélago hematófago en América, y ataca mamíferos silvestres y al ganado, pero raramente al hombre. En este caso, aunque es muy dudoso que aparecieran por miles, es obvio que se trataba de otros murciélagos, pues casi todas nuestras especies consumen insectos, ya sea de manera exclusiva o en combinación con otros alimentos (néctar, polen, frutas, crustáceos, lagartijas, peces, roedores, etc.).

Carta III ³²
(Viernes 5 de noviembre de 1869)

Queridos padres,

Desde mi última carta, la cual debió partir el 18 de octubre de Greytown, W. y yo hemos estado bien ocupados. La construcción de la casa nos ha tomado todo nuestro tiempo, y aún no está completamente terminada. La hemos hecho con troncos de árboles, como se practica en los Estados Unidos; pero tuvimos que adentrarnos bastante en el bosque para encontrar lo que nos faltaba, a saber, troncos de veinte pies de largo. Debimos escogerlos de tamaño mediano, con el fin de arrastrarlos sin demasiada dificultad. No resultaba fácil encontrar buenos árboles: unos eran demasiado pesados, otros muy livianos, y aquellos que parecían convenir eran de mala calidad.

Al fin, después de días de cansancio, nuestra casa, o más bien la armazón de nuestra casa, se encuentra hecha. Si hubiéramos empleado troncos de palmeras, la abríamos construido en un día. El bosque está lleno de magníficas palmeras, pero su tronco, una vez cortado, se vacía al interior y no sirve del todo para hacer casas. Hemos encontrado árboles tan blandos, que los derribamos con dos hachazos.

Hecha la armazón de la casa, se debía poner el techo y cubrirlo no con tejas, sino con tallos de caña. La casa nos ha costado hacerla, pero el techo ha sido cuatro veces más difícil; aunque luego, una vez acabado, la lluvia entró completamente a la casa, como si no lo hubiéramos construido. Debimos volver a colocar más tallos de caña, con el riesgo de desfondar el bendito techo, y ahora, con medio pie de espesor, tuvimos el placer de constatar que solo quedan ¡de ocho a nueve goteras! Entonces vamos a proceder a un nuevo arreglo, y a reforzarlo con hojas de caña.

Como desde dentro de la casa la apariencia de los troncos de árboles era poco atractiva, hemos tapizado el interior con bambú, lo cual no es para nada feo. Nos quedan unos por colocar y luego los recubriremos con todos nuestros cuadros, fotografías, mapas y otros. Olvidé añadir algo esencial: nuestra habitación está dividida en dos piezas, una sirve

³² *Journal de Genève*, No. 66, 18 de marzo de 1870, p. 1-2.

de comedor (cuando hay para comer), y la otra de sala, biblioteca y dormitorio.

Espero hacerles una descripción detallada de nuestra morada cuando esté terminada, lo cual deseo que no dure mucho. Hoy solo les diré que nuestra sala tiene una puerta hacia el río y una ventana lateral. Al fondo de la pieza se encuentran nuestras dos camas, rodeadas por los mosquiteros. El centro de la pieza está ocupado por una mesa, sobre la cual les escribo en este momento. El piso es de la más extrema simpleza, un modelo de parqué, pero con la ventaja de no tener costo de elaboración, pues todo es de pura tierra; más adelante tendremos el gusto de adornarlo con bonitas esteras.

A pesar de las goteras, hace varios días dormimos en la casa; hemos reemplazado nuestras hamacas por camas equipadas con excelentes colchones de junco. Como ven, los juncos tienen aquí un rol importante, pues ¡el techo es de junco, nuestra tapicería de paredes es de junco, nuestras camas igual, nuestros colchones también! ¡Solo nos falta comerlo! Antes de hacer mi colchoneta, pasé algunas noches en la armazón de mi cama, para nada suave; ahora, gracias a las hojas de junco, ¡tengo un colchón de primera clase, el cual enviaría a una exposición universal, pero lo necesito!³³

Después de mi última carta, hemos tenido algunas visitas nocturnas algo imprevistas: primero una bandada de búhos, los cuales nos dan a veces conciertos muy suaves, y luego los pumas que rondan muy cerca de la casa. A veces nos hemos puesto al acecho, pero sin disparar a ninguno.³⁴

El puma es llamado el pequeño león de América, pero no es más grande que un perro; por naturaleza es extremadamente asustadizo, no

³³ Según el botánico Luis J. Poveda, esto es erróneo, pues los juncos, *Juncus* spp. (familia Juncaceae), son de zonas altas. Es casi seguro que se trata del gramalote o gamalote (*Paspalum fasciculatum*), que es una gramínea (familia Poaceae) que forma inmensas macollas en áreas semi-inundadas, y que es utilizado para hacer colchones.

³⁴ De acuerdo con el ornitólogo Pablo Elizondo, ahí hay tres especies de búhos y tres de lechuzas, pero ninguna forma bandadas, aunque sí parejas. En cuanto al puma (*Puma concolor*), es obvio que hay varias apreciaciones erróneas. Según el mastozoólogo Eduardo Carrillo, no es así de pequeño, sino del tamaño de un perro pastor alemán o un poco más grande; además, no es asustadizo, y más bien es muy atrevido ante la presencia humana, al punto de que es causante de muertes de personas, y tampoco es carroñero, como no lo es ninguna de las seis especies de felinos presentes en Costa Rica.

ataca jamás al hombre, no sale de día y parece buscar de preferencia animales muertos. Sin embargo, a nuestras expensas, uno de estos animales demostró una audacia poco común: habíamos matado una iguana y esperando comerla, la habíamos suspendido de un árbol a diez pasos de nuestras hamacas; ¡en la mañana la cuerda estaba cortada y la iguana ya digerida! ¡El puma había venido a descolgarla durante la noche, frente a nuestras narices!

En cuanto a las serpientes, después de dos meses de estar aquí, solo he visto culebras, y sin embargo ya he ido a los lugares más intrincados del bosque, y muy lejos a lo largo del río. Aquí hay mucho menos serpientes que en Estados Unidos.³⁵

Ahora tenemos una canoa muy buena, comprada por D. en Greytown. Es delgada y muy liviana, y es un verdadero placer navegar. D. también nos ha traído una perrita llamada Corinne, que es muy joven y aún no hemos logrado hacerla obedecer. La mejor manera para verla huir es llamarla. Ella es amable solo a las horas de comida.

La palabra comida me lleva a darles algunos detalles de nuestra cocina. Esto será rápido, pues es muy primitiva. Tenemos un horno microscópico de hierro, y una batería de cocina con lo imprescindible. W. y yo cocinamos una vez cada uno, y eso nos toma un buen rato.

He aquí nuestro menú habitual. Por la mañana tomamos café con pan. Cerca de mediodía, además de frutas, maíz y las papas mencionadas en mis cartas anteriores, comemos arroz, frijoles y carne, cuando hemos tenido la suerte de matar algo. En la noche temprano, de nuevo un té o café; es una lástima que los cafetos requieran tres años de cultivo antes de entrar en plena producción. Hasta que nuestra instalación esté finalizada, tendremos el tiempo necesario para proveer apropiadamente nuestra mesa con pescados y presas [silvestres].

Incluso, no podemos empezar a sembrar hasta que nuestra casa esté completamente terminada. Las lluvias deben durar todavía hasta

³⁵ Esto es correcto en términos absolutos, dado que, según el herpetólogo Alejandro Solórzano, en EE.UU. y Costa Rica hay 155 y 143 especies de serpientes, respectivamente; en ambos países hay 23 especies venenosas. Eso sí, en términos relativos, el número de especies en Costa Rica es mayor, en proporción al tamaño de su territorio. Asimismo, como en algunos lugares de EE.UU. es posible ver una gran cantidad de serpientes en ciertas épocas del año, quizás esto le ocurrió a Pictet cuando vivió allá.

comienzos de enero, faltan algunos chaparrones, y con frecuencia hay días de sol. Es en diciembre cuando las lluvias son más fuertes, y por tanto debemos apresurarnos a arreglar nuestro techo. Después de diciembre comienza la estación seca y entonces podremos limpiar rápido y bien nuestro terreno, con fuego. En este momento está demasiado húmedo para eso, y debo decirles que esa humedad del invierno es lo molesto del lugar; se requiere tener el mayor cuidado con todos los enseres, para que no se estropeen, sobre todo los objetos de metal, los cuales se oxidan terriblemente rápido.

Mientras tanto, la temperatura es siempre excelente, se mantiene a un promedio de 20 grados Réaumur, y gracias a Dios seguimos los dos con buena salud; no hemos estado indispuestos ni un solo día.³⁶ Mi carta llegará a Ginebra en invierno y hará un frío horrible, mientras aquí hace calor todo el año, y no se conocen los abrigos ni las bufandas, ni tampoco los resfríos o la tos.

Cuento con ustedes para que me envíen los periódicos de Ginebra cada mes; siempre me dan un placer inexplicable. Es en verdad sorprendente poder recibir treinta números a la distancia donde estamos, por el módico franqueo de dos francos y unos céntimos.

Debo terminar de escribir esta carta precipitadamente, pues D. ha adelantado el momento de su partida a Greytown. Les ruego me envíen las suyas vía Inglaterra; el barco de Southampton regularmente parte el 17 de cada mes y llega por lo general el 12 del mes siguiente a Greytown. Desde allí, los señores de B., amabilísimos con nosotros, me las hacen llegar a través de los comerciantes de caucho, quienes las dejan aquí, cuando suben hasta Muelle por el Sarapiquí. Estas circunstancias son todavía raras, pero espero no tardarán en organizarse mejor.³⁷

Greytown contaba hace veinte años con cuatro o cinco casas, y aún es un pueblo con apenas 500 habitantes, pero con tiendas enormes, donde uno se puede abastecer de todo. Si la villa no ha crecido en estos últimos años, es sobre todo por el ferrocarril de Panamá, al cual

³⁶ Para convertir los grados Réaumur (°R) en grados Celsius (°C), el respectivo valor debe multiplicarse por 1,25.

³⁷ En Greytown residió por mucho tiempo el alemán Andrés Louis Beschor, quien incluso apoyó a nuestro gobierno en varias funciones de tipo consular, pero no era él, pues murió en 1851 (von Houwald, 1975).

*se dirigen casi todos los colonos que van a California, y ya no vienen a aprovisionarse a Greytown, como antes. También, unos tres cuartos de los comerciantes de esta ciudad hablan de liquidar sus negocios.*³⁸

En relación con la importación, Greytown parece haber disminuido momentáneamente de importancia, pero con el crecimiento de las colonias no faltará un aumento en la exportación, y de esto estamos al tanto, pues ahora tres barcos de vapor dan el servicio en el San Juan, mientras que antes había solo uno.

*Vieran cuánto desean los negociantes de Greytown ver abierto pronto el canal del istmo de Nicaragua, aunque esto no sea posible. Sin embargo, con el natural [la ruta acuática] y un tren de solo 6 o 7 leguas, se uniría el Sapoa al océano Atlántico y pronto este bello país se volvería el primero del mundo.*³⁹ *Pero en espera de ese feliz momento, las grandes empresas, sin ser imposibles (pruebas de resultados ya obtenidos en ciertos dominios), son no obstante muy difíciles, faltan obreros y posibilidades suficientes.*

*El San Juan, por decirlo así, es la única gran ruta de América Central. El Sr. [Félix] Belly ha descrito admirablemente ese río en su excelente obra sobre Nicaragua, la cual les recomiendo.*⁴⁰

³⁸ No es cierta la aseveración de Pictet en cuanto a Greytown, pues para 1849 estaba iniciando su auge, gracias a la *fiebre del oro*, como se indicó al principio de este artículo. En cuanto al citado ferrocarril, fue construido por la *Compañía del Ferrocarril de Panamá*, estadounidense, e inaugurado a inicios de 1855; quienes arribaban a Colón por barco podían tomar el tren hasta la ciudad de Panamá, y después abordar los vapores de la *Pacific Steamship Mail Company (Mala del Pacífico)* y así llegar a Puntarenas (Costa Rica), Realejo (Nicaragua), La Unión, La Libertad y Acajutla (El Salvador) o San José (Guatemala).

³⁹ Esta frase es confusa. Para entonces, el puerto lacustre de La Virgen, en el cual desembarcaban quienes navegaban desde el Atlántico, para después –mediante diligencias o a lomo de mula– llegar al puerto marítimo de San Juan del Sur, era el sitio lógico para iniciar una vía ferroviaria. En cambio, Sapoa era un villorrio sin mayor importancia, ubicado en la boca del poco caudaloso río Sapoa, desde donde se podía navegar sin interrupción hasta el Atlántico. En todo caso, cabe acotar que, puesto que el río Sapoa nace y fluye por nuestro territorio y en aquel tiempo Costa Rica tenía derechos hasta la ribera sureña del lago, por encargo del gobierno, en 1847 el naturalista danés Anders S. Oersted efectuó un estudio para conectar el lago de Nicaragua con Bahía Salinas mediante el río Sapoa (Oersted, 2011), con miras a construir un canal interoceánico.

⁴⁰ A Belly se aludió al inicio de este artículo. Aunque el redactor del periódico no indica la fuente del texto que inserta de inmediato, lo fue el libro *À travers l'Amérique Centrale: Le Nicaragua et le canal interocéanique* (1867). Es importante resaltar que dicho texto tiene pasajes comunes con el artículo citado como Belly (1999) en la bibliografía, cuyo nombre original es *De San Juan del Norte a San José de Costa Rica*, que es una porción del libro *Percement de l'isthme de Panama par le canal de Nicaragua: exposé de la question* (1858); fue

A continuación el capítulo de la obra del Sr. Belly, al cual hace alusión nuestro joven conciudadano.

“Eran las seis de la mañana, un poco de bruma velaba el horizonte, el aire era fresco y el termómetro marcaba 20° Réaumur, lo cual antaño debió ser la temperatura del paraíso terrenal. La embarcación atraviesa primero los numerosos islotes de junco, de nenúfares y de cañas silvestres que obstruyen la entrada del San Juan y de pronto se encuentra en el lecho del río. Ese gran desagadero estaba entonces en su estiaje más bajo, y esta parte de su curso es la más llena de arena y lodo. Sin embargo me parecía, al juzgar por la profundidad donde penetraban los remos, que había todavía en promedio de 3 a 4 pies de agua, fuera de la corriente evitada a propósito.

En cuanto a su fisonomía general, tiene forma de una ancha capa de agua, como el Sena frente a Louvre, pero corriendo entre dos murallas de densos bosques. Sin la mínima traza de ribera, ni construcción en segundo plano, una simple cortina de verdor compacta, de donde cuelgan lianas tupidas como un tejido, y penachos cansados de su grandeza. En la cumbre surgían follajes nuevos para mis ojos; uno me impresiona por su amplio desarrollo circular, y era un papayo. El ornamento más prominente y pintoresco de las dos riberas son las miles de palmeras sin tronco aparente, las cuales se abren desde el nivel del agua en ramos de hojas de 20 a 30 pies de largo, donde el verde claro contrastaba con el rojo del fondo, uniforme y más oscuro que el macizo.⁴¹

El curso del San Juan es muy sinuoso; la perspectiva cambiaba a cada remada. Numerosas islas dividen las aguas, a veces cubiertas de árboles, a veces redondeadas por colinas tapizadas en juncos tan

traducido en 1939 por Alberto Quijano Quesada y publicado en la *Revista del Instituto de Defensa del Café*, en dos entregas (No. 61, p. 130-145 y No. 62, p. 201-214). Cabe acotar que el traductor consignó la escala térmica como centígrada (°C) y no como Réaumur (°R), de modo que la citada temperatura paradisíaca corresponde a 25 y no a 20°C. Aunque el relato original se circunscribe a lo observado durante su visita a Costa Rica en 1858, nótese que en el presente relato hay una alusión a 1863, lo que indica que Belly amplió su testimonio en el libro publicado en 1867.

⁴¹ El papayo corresponde al gigantesco papayón u olla de mono (*Lecythis ampla*); según el botánico Quirico Jiménez, un rasgo muy notable de este árbol es que el tronco tiene profundas fisuras verticales en toda su extensión, pero pareciera que Belly no lo vio, quizás por ir en bote. A la palma citada se aludirá después.

tupidos que parecen grupas de terciopelo verde. De vez en cuando un tronco volcado interrumpía el camino, en espera de las primeras crecidas para ser arrastrado. Ramos de flores enormes casi siempre dispuestas en fila, se inclinan hasta nosotros para ser cortadas con machete. Algunos pájaros rozan el oleaje, pero no cantan; ¡todo era silencio, calma profunda, bóvedas sombrías y verdor infinito! Y, perdido en esas soledades sin eco, soñaba sin querer en esas alegorías poéticas del bienestar humano, donde grupos de jóvenes deslizaban su barca muda a lo largo de las riberas de un río encantado.

Al cabo de cinco horas de camino, llegamos a la famosa bifurcación donde nace el río Colorado. Un banco de arena casi a flor de agua, formaba la punta del delta.⁴² Ese banco se desplaza y cambia de forma cada año, y no deja de tener influencia sobre el volumen de agua recibido por el Colorado, en detrimento del otro. Por lo demás, es un espectáculo admirable el desdoblamiento en una cuenca majestuosa de no menos de 300 metros de ancho y donde las dos ramas se desarrollan, a derecha e izquierda, a través de dos avenidas de bosques de igual magnificencia (Figura 8). El San Juan toma entonces un carácter grandioso y no lo deja hasta el rápido del Castillo.⁴³ Sus orillas se iban elevando progresivamente; a veces entreveía colinas lejanas por encima de sus murallas impenetrables. Incluso creí distinguir a mi izquierda la silueta azulada de las montañas costarricenses.

⁴² En efecto, en el llamado Delta Costa Rica el río San Juan se bifurca para dar origen al río Colorado, que capta la mayor parte de su caudal y se interna en el territorio de Costa Rica, para desembocar en el mar Caribe.

⁴³ En dicho río son célebres los fuertes raudales en las proximidades del Castillo Viejo. Por cierto, ese fuerte fue construido por los españoles para defenderse en la incursiones de piratas ingleses; en 1781, al mando de la fragata *Hitchenbroke*, el almirante inglés Horatio Nelson – héroe de la batalla de Trafalgar–, ganó ahí un importante combate a los españoles.



Figura 8. Un sector del río San Juan y el bosque ribereño, cerca de la desembocadura del río San Carlos. Foto: Luko Hilje.

Entre más avanzábamos, más densa era la vegetación. Había todas las formas posibles de paisajes, macizos, valles profundos, acentuados por el sol contra fuertes relieves de bordes encantados. Algunas veces, de pronto el horizonte se alejaba y me recordaba, por la amplitud de los contornos, las bahías de Terapia y Beicos, en el Bósforo.⁴⁴ Un momento después, acercados a tierra por las exigencias de la subida, pasamos bajo árboles inmensos, de cien pies de altura, donde cortinas de lianas entretejidas de flores amarillas y rojas caían hasta nosotros con una majestad incomparable. En un medio semejante, todo se aclara, todo se colorea.

Encontramos dos o tres viviendas localizadas en las orillas, de 12 a 15 pies, de apariencia agraciada. Una de ellas estaba blanqueada con cal, y rodeada de un corredor pintado en verde, cuyo color contrastaba bellamente con el verde tierno del bananal. Un velo parecía esperar

⁴⁴ Los escritos de Belly se caracterizan por un lenguaje lírico, y siempre se prodigó en elogios para la naturaleza, el paisaje y la gente de Costa Rica, donde trabó una importante amistad con el entonces presidente Juan Rafael Mora. En relación con el estrecho de Bósforo, queda en Turquía. Por su parte, en cuanto a las citadas lianas, muy pocos bejucos tienen flores amarillas o rojas, según el botánico Quirico Jiménez; en todo caso, las primeras podrían pertenecer a la familia Malpighiaceae, en tanto que las segundas podrían corresponder a *Cissus* sp. (familia Vitaceae).

abajo de la escalera que descendía al río. Una mujer vestida de blanco atraviesa el corredor, se detiene un instante a vernos y desaparece detrás de un matorral. Pienso que eso es una vida feliz, una vida sin lujos, sin ninguna de las complicaciones de nuestra civilización, una vida donde se ignoran los defectos y engaños de un orden ficticio; dicho en pocas palabras, aquellos que la han probado no pueden volver a entrar en el marco estrecho de las sociedades europeas.

A las seis de la tarde, la noche ha llegado, sin crepúsculo. Abrí las telas alquitranadas de mi tienda, y me dejé ir medio acostado sobre mi diván, en las ondas de ensueño de la primera hora nocturna. Enfrente de mí, sobre el fondo de ópalo del cielo se divisaba vívidamente la Cruz del Sur, la constelación más sorprendente del cielo austral. Poco a poco mis ideas se nublaron y me dormí.

Cuando me desperté, la canoa estaba inmóvil, y me sentía sumergido en una profunda oscuridad. Extendí el brazo para levantar la capota, la cual estaba mojada. Había caído durante mi sueño un aguacero fugaz, que son bastante frecuentes en la región bañada por el San Juan. Solícitos, habían calafateado mi refugio, y durante el chaparrón el barco llegó a la estación que debía ocupar la noche. Miré alrededor mío. Nos amarramos a un tronco de árbol en un pasaje estrecho, en el cual me parecía poder tocar las dos orillas. Miles de luciérnagas centelleaban en el follaje negro, pero no sentí ni uno solo de esos terribles mosquitos que me habían horrorizado. Por lo demás, ningún sonido en el ambiente, solo el chillido de un ave que nunca había escuchado, respondido por uno similar a gran distancia.

Al día siguiente, a las cinco y media salimos de ese paso estrecho, el cual solo estaba separado del lecho del río por una isla. Encontré el San Juan todavía más espléndido que la víspera, y las copas de los árboles más soberbias, aunque estuvieran veladas por el vapor.

Apenas habíamos hecho doscientos o trescientos metros y la voz del botero nos grita: ¡Sarapiquí! Dos salidas se abrieron ante nosotros con contornos de una belleza indecible; una, el Sarapiquí, parecía no bajar al río del cual es uno de los principales afluentes, sino al contrario tomar sus aguas que iban a perderse en una lejanía vaporosa. La otra se redondeaba a la derecha como un lago misterioso escondido por la

densidad de los bosques (Figura 9A). La ribera de enfrente del Sarapiquí, se elevaba en un anfiteatro y dominaba desde esa altura toda la escena luminosa que el sol comenzaba a dorar. Miles de pájaros cantaban, se respondían de una margen a la otra. No creo exista en el mundo nada comparable a esa magnífica confluencia; tal vez el San Carlos, algunas leguas arriba (Figura 9B).



Figura 9. Boca del río Sarapiquí, vista desde el propio río, con el territorio nicaragüense al fondo (A) y confluencia de los ríos San Carlos y San Juan, engalanada por el islote Providencia (B). Fotos: Luko Hilje.

Desde 1863 surcan de nuevo el San Juan los vapores americanos, a pesar de la idea de su enlodamiento progresivo, opuesta siempre a los proyectos de cortar el istmo de Nicaragua. Yo diría en cambio qué hay de cierto en el fondo de esta objeción. Pero se comprende que tal vía de circulación no puede perderse para el país, con base en una aseveración dada *a priori*. El San Juan, como el Bleufield [Bluefields] y el Segovia, ha sufrido las vicisitudes en el tiempo. Es importante que la mano del hombre repare los desastres accidentales, los cuales comprometen la existencia de Greytown y los destinos de Nicaragua.⁴⁵

Los intereses generales, como los intereses locales, requieren la utilización completa de esas grandes rutas de la naturaleza tan desatendidas aquí, y de las vastas regiones que comunican, menos conocidas que el centro de África hace diez años.

⁴⁵ Este testimonio se suma a otros acerca de la notable acumulación de sedimentos en el río San Juan desde el siglo XIX. Tan serio ha sido ese proceso, que de manera inexorable se cumplió ese ominoso pronóstico, y hoy la bahía de San Juan del Norte está convertida en una red de lagunas y lagunetas de poca profundidad.

El porvenir pertenece a esa vertiente oriental, sea en Nicaragua o en Guatemala, porque es la solución lógica a la emigración, pues la virginidad de su tierra responde a los sueños más exigentes, y sobre todo porque el derecho feudal de la conquista no la ha librado a la suerte de algunas familias ociosas de Granada o de León, para quienes el estado actual es el ideal de la civilización.”⁴⁶

Carta IV⁴⁷
(Lunes 15 de noviembre de 1869)

Queridos padres,

Desde el 5 de noviembre hemos continuado trabajando en nuestra casa, acabada ahora, ¡no sin esfuerzo! El techo nos ha dado un trabajo horrible; y hasta después de haberla blindado de todas las formas posibles, las goteras han desaparecido y nosotros hemos podido proceder a ordenar nuestras cosas. Pero apenas todo eso estuvo terminado, el pobre W. ha adquirido fiebre. Ha debido guardar cama algunos días, pero por fortuna ya está fuera de peligro, aunque todavía débil. He sido su doctor.

Ahora comenzamos a recibir visitas. No se trata más de búhos o de pumas, sino del Sr. B. en persona, quien habiéndose enterado en Greytown de nuestra instalación en Costa Rica, y del lugar de nuestra residencia, ha venido y se detuvo en nuestra casa por una hora, de paso hacia las minas de Chontales, al norte del lago de Nicaragua. Él llegó con un amigo suyo que no conozco. De entrada, el Sr. B. no me reconoció bajo mi panamá de 15 pies de envergadura, y vestido de agricultor, así como rematado con unos caites, verdaderos monumentos.⁴⁸ Hemos conversado un buen rato, luego se fue y

⁴⁶ A continuación del texto de Belly, figura el siguiente inserto, pareciera que de parte del redactor del diario: "El San Juan tiene, según el Sr. Belly, 84 millas inglesas; el lago de Nicaragua 90 millas geográficas de largo; la isla grande 6 leguas de largo; el río Tipitapa 20 millas inglesas; el lago de Managua 35 millas; el istmo que separa el lago de León o Managua, 27 millas. El largo total de los trabajos para los dos lagos sería de 131 kilómetros; el lago de Nicaragua se eleva 39 metros sobre el océano Pacífico".

⁴⁷ *Journal de Genève*, No. 67, 19 de marzo de 1870, p. 1-2.

⁴⁸ Si bien Pictet pareciera aludir a un árbol de panamá (*Sterculia apetala*) de unos 5 m de altura, cercano a su rancho, esta especie es exclusiva de la vertiente Pacífica. Por tanto, dado que el resto de la oración se refiere a vestimenta, podría entonces tratarse del elegante y fresco sombrero panamá, que en realidad es originario de Ecuador, donde se le denomina

prometió escribirme. Eso será de interés considerable para nosotros, pues estamos completamente privados de noticias del oeste y de Nicaragua, aunque nos separe tan solo la anchura del San Juan.

Desde que la guerra civil de Nicaragua terminó, con ventaja para el presidente Guzmán, el comercio ha repuntado un poco entre Greytown y las ciudades del lago de Nicaragua.⁴⁹ Tres barcos de vapor hacen al presente un servicio regular, y muchas embarcaciones grandes de remo han pasado desde hace algunos días hacia Greytown, cargadas de arroz, carne seca de res, cueros y caucho. La guerra ha encarecido todo, y hay que pagarles el azúcar a 1 franco con 25 céntimos la libra, el café ídem y la carne a 60 céntimos. En tanto, el quintal de caucho líquido cuesta una veintena de piastras (la piastra equivale a 5 francos).⁵⁰

Pero ahora el gobierno de Costa Rica acaba de prohibir toda exportación de esos productos por la vía del San Juan, y para su efecto instaló un puesto de guardia con tres hombres, sin cabo (eso no es mucho), en las desembocaduras del Sarapiquí y del río San Carlos, el primero algunas leguas aguas arriba de nuestro asentamiento. Esos hombres tienen por misión detener las embarcaciones con mercadería prohibida que descienden por los dos ríos. Han pasado más de tres semanas en sus puestos y todavía no han tenido la ocasión de mostrar su mérito; en realidad, roncando en la noche como marmotas en enero, dejan a los contrabandistas todas las facilidades para trasladar su mercadería.

Ahora voy a contarles un poco de la caza, y de nuestra incomparable y famosa perra. La había llevado conmigo varias veces, para entrenarla

sombrero de jipijapa o paja-toquilla (*Carludovica palmata*); esta planta se parece a una palma, pero no lo es (familia Cyperaceae), y en Costa Rica se le llama chidra o estococa. Aunque se dice que se le dio ese nombre durante la construcción del canal de Panamá, esta mención sugiere que se le llamaba así desde antes. Al respecto, y en relación con su tamaño –que es de poco más de 12 pulgadas–, entre las palabras francesas *pouce* (pulgada) y *pie* (pie) hay cierta similitud de escritura, y si Pictet tal vez no tenía buena caligrafía, quien transcribió su carta podría haber incurrido en un error y consignó de manera errónea la unidad de medida.

⁴⁹ El redactor del diario se pregunta si dicha guerra realmente ocurrió, y a continuación acota que "digamos, ya sustituido [Guzmán] desde hace mucho tiempo", de manera confusa, pues dicho presidente permaneció en el poder entre 1867 y 1871, como se indicó en páginas previas.

⁵⁰ En la versión de la quinta carta, traducida por Manuel María Peralta y reproducida en la revista madrileña *La Ilustración Española y Americana* (No. XXII, 5 de agosto de 1871, p. 371), se consigna que en 1871 una piastra equivalía a cinco pesetas costarricenses, es decir, a 1,25 colones.

en lo posible, pero creo hubiera sido más fácil entrenar a un conejo; no pudiendo hacer nada del todo, no me ocupé más de ella y la dejé hacerse haragana, y su pereza causó su pérdida. Recientemente, estando adormecida al borde del río, un caimán que pasaba la atrapó de un solo bocado. Esos caimanes no atacan al hombre, pero tienen menos escrúpulos por un perro, y tienen razón. ¡Me consolé rápido de la pérdida de este animal!

Estos últimos días tuve la oportunidad de tirar varios monos de todos los tamaños y colores. Primero, uno grande negro con una barba enorme y de 4 pies de alto.

Esta especie de mono pega unos gritos horribles cuando va a llover; tal vez padecen reumatismo. El hecho es que esos gritos son bastante desagradables, y no he perdido la ocasión de disparar a uno de esos cantantes aficionados. Estaba a una altura vertiginosa, sobre una caoba; un acróbata hubiera sentido vértigo sobre la rama en la que se sostenía ese cuadrúmano. Mi escopeta estaba cargada con balas pequeñas, y tuve la suerte de alojarle una en el cráneo. Cayó como una piedra, y me acerqué a examinarlo. Entonces me percaté con horror que había matado por lo menos al sobrino de cierto emigrante: era absolutamente la misma figura, la misma barba de cepillo, los mismos ojos, y casi el mismo tamaño. Una sola cosa me tranquilizó, y fue su inmensa cola; ¡el apéndice pone una buena distancia entre la raza cuadrúmana y el género humano!⁵¹

Además, derribé otras dos especies de monos, las cuales no tenían nada en particular. Solo una fealdad para dar pena a Medusa.⁵²

Fui a la caza del jabalí con los indios mosquitos [miskitos], pero no matamos ninguno, y casi nos hemos medio ahogado en un hoyo. Apenas logramos salir, uno de los indios metió el pie en un nido de avispa, lo que nos hizo huir rápidamente, aunque con piquetes.

Hemos disfrutado más la pesca con arpón; en una mañana con uno de esos indios, arponeé seis hermosos peces. Se espera que el pez venga a flor de agua cerca de la lancha, y entonces se le arroja una jabalina

⁵¹ A primera vista parece un comentario racista, pero más bien podría referirse a algún inmigrante europeo con rasgos simiescos.

⁵² De las cuatro especies de monos que hay en Costa Rica, tres viven en la región de Sarapiquí: el congo y el carablanca, ya citados, más el colorado o araña (*Ateles geoffroyi*). En cuanto a Medusa, corresponde al nombre de un monstruo femenino de la mitología griega, de feo aspecto, y que convertía en piedra a quien lo miraba a los ojos.

con una punta de lanza de hierro. Se buscan obviamente los grandes, que de por sí aquí son muy abundantes. También pesqué con caña, algo mucho más fácil.

Les he hablado de un pez dizque llamado manatí, pero ese pez parece ser una especie de hipopótamo grande como un asno. Vive en los ríos, y es una caza muy provechosa pero muy difícil. Es casi como una pesca de ballena, pues como ese cetáceo, llega a veces a enviar por los aires la embarcación y su contenido. Por último, se encuentra además en el Sarapiquí un gran pez sierra, el cual tiene la necia costumbre de tirarse a las piernas de los bañistas y les obliga a regresar precipitadamente a la orilla. Aunque me baño casi todos los días, todavía no he divisado ese temible monomaniaco y no quisiera en absoluto conocerlo.⁵³

Esos indios mosquitos con los que he ido a la caza, trabajan desde hace algún tiempo donde el Sr. D. Hablan una lengua imposible, y son unos verdaderos salvajes. Dejan su tierra solo para ir a trabajar un mes o dos a Greytown y sus alrededores, donde los colonos, solo para comprar lo indispensable; después regresan a sus montañas, no lejos de las costas del Atlántico y al sur del Colorado.

Alrededor de cada dos años, el obispo de Granada o de León les envía unos misioneros, o más bien unos monjes con menor conocimiento que a quienes los envían. Estos bautizan a esos desdichados mosquitos, unos a cambio de una libra de pólvora, otros por una de tabaco, y al regresar dicen a su obispo que la región está convertida. Esto se repite casi todos los años.

Me gustan mucho más esos indios que los negros o los mulatos, incluso que ciertos emigrantes europeos. Sin embargo, con frecuencia cobran muy caro por sus servicios. Antes de la competencia de los barcos de vapor del San Juan, pedían 25 francos al día como remeros para transportar hasta la entrada del lago de Nicaragua una quincena de

⁵³Tanto en el río San Juan como en el lago de Cocibolca o Nicaragua, hay dos especies de pez sierra (*Pristis perotteti* y *P. pectinatus*); aunque son más comunes en esos hábitats dulceacuícolas, pueden encontrarse en zonas estuarinas (salobres) y en ambientes marinos, como bahías, según los ictiólogos Ana Rosa Ramírez y Gustavo A. Arias. Llama la atención que Pictet no aluda al tiburón toro (*Carcharhinus leucas*), que aunque prefiere ambientes marino-costeros, tiene una adaptación fisiológica que le permite permanecer en aguas dulces por períodos prolongados, por lo que se le puede observar en el río y el lago citados. Al respecto, como una curiosidad, el célebre literato costarricense Fabián Dobles escribió la novela *En el San Juan hay tiburón*.

obreros y sus provisiones. Ahora los precios han bajado y los mosquitos se contratan a razón de 50 francos por mes.

Lamentamos vivamente que el presidente [Jesús] Jiménez, de Costa Rica, prohíba la salida de caucho por Greytown, pues creemos que eso acabará de arruinar esta pequeña ciudad, donde ha sufrido tanto el comercio por el establecimiento del ferrocarril en Panamá. Es hora de que los estados de Costa Rica y Nicaragua le hagan competencia. Una cosa curiosa es que por toda la ribera izquierda del San Juan, la cual pertenece a Nicaragua, no hay ni un solo árbol de caucho; en tanto en la ribera derecha se encuentra una gran cantidad, pero es de Costa Rica. He visto también varios árboles de quina, pero no bastantes como para una explotación.

De vez en cuando se encuentra también uno de esos árboles inmensos, que datan al menos de la época del diluvio, los cuales alcanzan seguramente de 150 a 200 pies de altura y se pierden de vista; las ramas comienzan a partir de sesenta pies del suelo. En estos árboles he visto las más bellas plantas parásitas, de todas las especies y formas, unas de hojas enormes, otras de hojas angostas pero de varios pies de largo. Sobre estos árboles gigantes desafortunadamente se van a posar las grandes lapas y otros loros, a una altura tal que es imposible matarlos.⁵⁴ También hay una asombrosa variedad de palmeras de todas las alturas posibles, y en particular una completamente cubierta de espinas donde no se ve su corteza; asimismo, sus hojas varían mucho, y son las únicas respetadas por las plantas parásitas.

Según me ha dicho el Sr. B., esta parte oriental del país, que encuentro tan bonita, es inferior a la costa del Pacífico. No importa lo que sea, encuentro este país con un clima admirable. La media de 20 grados Réaumur de temperatura de noche y día en noviembre me satisface mucho. Todavía no he visto el termómetro a menos de 18 grados ni más alto de 28; está casi siempre a 20.

Me enteré que además del Sr. D. y los soldados del puesto, tenemos otro vecino, o más bien una vecina, la cual vive sola en una muy buena casa, en los bordes floridos del San Juan; por desgracia, esta pastora en vez de tener 15 años, ¡se acerca a la centena! Es viuda, establecida

⁵⁴ Es obvio que se refiere al almendro de montaña (*Dipteryx panamensis*), cuyos frutos representan el principal alimento de las lapas verde y roja, a la vez que éstas anidan en cavidades naturales de dichos árboles. En cuanto a la palmera espinosa, según el botánico Quirico Jiménez, podría corresponder a *Chrysophylla guagara*, aunque ésta no es muy alta.

aquí desde tiempos inmemoriales, ha perdido a su marido desde hace una eternidad y ahora apenas distingue el día de la noche con la ayuda de sus gafas.

No he tenido aún el gusto de ser presentado a esta señora, pero D. me ha hecho una descripción detallada. Parece que ella es de origen francés. Tiene suficiente plata para vivir y pagar a los mosquitos que cultivan su plantación. Uno de estos días iré a ver a esta antigüedad. Después de tanto tiempo, ella ha debido olvidar la lengua francesa. Sé que tiene una vasta plantación de piña y cuento con aprovechar la ocasión para tomar unos esquejes. Las piñas se venden en Greytown de 80 céntimos a 1 franco 25. Esta vieja tiene también el talento de producir admirables cañas de azúcar. Ella tiene el reconocimiento por estos dos cultivos, pero por el cacao y el banano D. cree no tener rival; al menos así lo dice.⁵⁵

Hay tres especies de banano, una se come cruda, y otras dos se asan y reemplazan al pan y las papas. D. tiene como 30 matas de banano colocadas. Tienen alrededor de 20 pies de altura y hojas inmensas; esto da un efecto singular al pasearse bajo la plantación, pues parece casi de noche, ya que esas grandes hojas forman arriba verdaderas bóvedas. Para tener bananos, los cuales crecen en racimos como los dátiles, se corta la planta del banano en la base y enseguida brota otro tallo. Una planta de banano solo da fruta una vez al año, y para tener siempre hay que sembrar en todas las estaciones.

Se debe tener cuidado también de quitar de vez en cuando las malas hierbas entre las plantas; sin eso, enseguida vuelve el bosque virgen. Enfrente de la casa de D., en la otra orilla, había un lugar que hace apenas seis meses estaba completamente limpio, desde entonces fue abandonado y ahora es imposible de penetrar sin machete, de lo intrincado del follaje nuevo. Pasa lo mismo en los campos de maíz; fácilmente se pueden hacer cuatro cosechas por año, pero las malas hierbas deben arrancarse con frecuencia, de lo contrario el maíz estaría literalmente ahogado. En Suiza no se teme a este inconveniente, pero tampoco se hacen cuatro cosechas por año en un mismo terreno y sin necesidad de labrar.

⁵⁵ Ignoramos quién era esta dama. Tampoco sabemos si tuvo alguna relación familiar con un francés llamado Carlos Thierriat, de quien hay evidencias de que para 1846 residía en San José y en 1857 vivía en Sarapiquí.

Espero que esta carta les lleve todos mis mejores deseos para el año nuevo. En la víspera de Navidad estaré en mis pensamientos con ustedes. ¡Me imaginaré un árbol y me llenaré de regalos y de fantasías de todo tipo! Esto me compensará un poco las fiestas, bailes, cenas y otras diversiones que tanto se disfrutaban en Europa en esta época. Hay razón al decir que no se comprende el valor de las cosas hasta que se han perdido. Cómo me gustaría poder enviarles el aire que se respira aquí, en lugar del viento que les llega a Ginebra. Esto les haría amar, y tal vez envidiar mucho nuestra bella soledad.

Carta V⁵⁶
(Lunes 3 de enero de 1870)

*El 31 de diciembre y el 1° de enero estuve en una partida de caza con tres de los indios mosquitos de D. Queríamos cazar el manatí, ese enorme anfibio del cual les he hablado. No es un cuadrúpedo, como les he dicho, y se parece a una foca (Figura 10); es enorme, pesa de cinco a seis quintales, y su carne es excelente.*⁵⁷



Figura 10. Aspecto de un manatí. Dibujo:
Alina Suárez.

En el San Juan y el Sarapiquí, de hecho es muy difícil y peligroso arponear el manatí, porque la corriente es demasiado rápida; pero unas leguas más arriba, hay un pequeño río que desemboca en el San

⁵⁶ *Journal de Genève*, No. 79, 2 de abril de 1870, p. 1.

⁵⁷ De nuevo Pictet se equivoca con el manatí o vaca marina (*Trichechus manacus*), pues no es un anfibio, sino un mamífero. Este noble animal, herbívoro, está en riesgo de extinción, debido a la cacería y a las lesiones causadas por el casco y las hélices de las lanchas de motor.

Juan, el cual forma antes de llegar lo que aquí llaman una laguneta.⁵⁸ En esa laguneta fue donde cazamos el manatí; éramos cuatro, tres mosquitos y yo. Habíamos tomado la canoa, tres arpones largos y cuerdas gruesas, los fusiles, hachas, machetes, provisiones y objetos para acampar por dos o tres días, porque no siempre se tiene la suerte de encontrar enseguida la caza.

Partimos temprano en la mañana del viernes 31 de diciembre, bajo un aguacero, y remamos sin parar toda la mañana, siempre con lluvia; al fin, alrededor de mediodía hicimos un alto para comer y secarnos, y durante ese rato la lluvia tuvo la feliz idea de cesar. Volvimos a ponernos en ruta, e hicimos de nuevo un alto en el camino para tirar unos monos. Tuve la suerte de matar un honrado padre de familia que paseaba su cría; cayeron los dos al mismo tiempo, el padre sosteniendo siempre el pequeño, pero a este último no le pasó nada, salvo un raspón en la cola, por lo que ahora lo cuido para domesticarlo.

Por la tarde llegamos frente a la laguna y pasamos la noche en una isla del San Juan.⁵⁹ La mañana siguiente, 1º de enero, mientras todavía estaba oscuro, entramos en la laguna llevando en la embarcación solo los arpones, las hachas y los machetes. La laguna no era más ancha de una treintena de pies, y muchas veces tuvimos que detenernos para cortar troncos de árboles que habían caído a lo largo de nuestra ruta.

Al fin, después de dos horas de marcha, la laguna se alargó considerablemente. En lugar de correr como antes, en medio de un bosque espeso, atraviesa un paraje magnífico sembrado de ramilletes de árboles. Sobre los bordes crece una especie de palmera sin tronco, cuyas hojas de veinte a treinta pies de alto se elevan directamente desde el suelo, formando un inmenso ramo de verdor; esa palma da un efecto sorprendente, pero no crece más que allí donde hay mucha agua, y solo la había visto alrededor de Greytown.⁶⁰ Asimismo, había

⁵⁸ A partir de la boca del Sarapiquí, el afluente del San Juan más cercano es el río Marías (Hoja cartográfica 122 Trinidad, del Instituto Geográfico Nacional).

⁵⁹ Después del ya citado río Marías, el siguiente afluente del San Juan es el caño Tigra, que tiene un pequeño islote al frente, llamado isla Tigra; detrás de éste aparecen además los pequeños islotes El Tesoro y El Coto, más los grandes islotes La Anteguera y La Esperanza.

⁶⁰ Esta palma, a la que aludió Belly previamente, es el yolillo (*Raphia taedigera*), cuyo tronco queda sumergido; forma grandes masas, denominadas yolillales, sobre todo en grandes cuerpos de agua estancados.

vastos campos de pequeños juncos erguidos, con algunos arbustos de grandes flores.

Por último, una cantidad de aves acuáticas de todos tamaños animan el paisaje y apenas se incomodan al paso de la canoa. Había gran cantidad de garzas, unas todas blancas e inmensas; en fin, una variedad sorprendente, incluyendo algunas más pequeñas cuyas alas parecían de oro. Avanzamos, con los remos haciendo el menor ruido posible, para no asustar los manatíes. Pasamos así a diez pasos de una media docena de caimanes de gran tamaño, que dormían al borde del agua, con la gran boca abierta; sus dientes daban un bonito efecto. Por años, tal vez nadie se había aventurado en esta laguna, y esto explica el volumen de caza que veíamos.⁶¹

Mientras tanto, me impacientaba ver todo eso, excepto lo que habíamos venido a buscar. Uno de los indios mosquitos estaba adelante en la canoa, mientras sostenía uno de los arpones e inspeccionaba cada recoveco de la laguna. Al fin, a una distancia a la cual un europeo dotado de la mejor vista no hubiera divisado nada, ese mosquito señaló un manatí. Nos dirigimos a ese lado en el mayor silencio posible, y fue como hasta al cabo de un minuto que vi en el lugar indicado por el mosquito una especie de ondulación sobre el agua, producida por la respiración del manatí. Nos acercamos tan suavemente, que el animal no percibió nada, y el mosquito pudo clavar el arpón en el medio del lomo. El animal no afloró de inmediato a la superficie, sino que emprendió una carrera desenfrenada en la laguna, arrastrándonos, pues el mosquito no había soltado la cuerda del arpón, bastante larga, por fortuna. Esta carrera duró varios minutos.

Por fin reunimos todas nuestras fuerzas, acortamos poco a poco la cuerda hasta que el manatí estuvo lo bastante cerca para lanzarle el segundo arpón, el cual se clavó a la par del primero, y un instante después recibió el tercer arpón. Esta vez, sostenido por tres cuerdas, no podía escapársenos más, pero con su cola daba golpes furiosos y hacía girar la embarcación como una pluma. Dos de los mosquitos sostenían las cuerdas con gran dificultad, y el otro mosquito y yo estábamos armados con las hachas, para golpear al animal cuando se tirara contra

⁶¹ Según el ornitólogo Pablo Elizondo, las garzas blancas podrían ser *Egretta caerulea*, *Egretta thula* y *Ardea alba*, así como la común garza bueyera (*Bubulcus ibis*), que es exótica; la otra es la muy bella garza de sol (*Eurypyga helias*).

la nave, algo que repitió dos veces y le valió dos remates fatales en la cabeza. Aún así dio unas sacudidas desesperadas, y luego se dejó llevar sin resistencia.

Escogimos un lugar de algunos pies de profundidad e intentamos meter el monstruo en la canoa. Después de veinte minutos de esfuerzo lo logramos, gracias a un sistema de cuerdas y palancas. Cuando se hizo eso, la barca se llenó de agua y debimos tirarnos todos precipitadamente a nadar, vestidos, sin lo cual nosotros, el barco y el manatí habiéramos naufragado. Vaciamos la canoa con una paleta, y al fin pudimos subirnos. Ese manatí pesaba al menos cinco quintales.

Entonces, muy contentos con nuestra caza, retomamos el camino al San Juan. Adivinen entre mil cosas a quiénes tuvimos por escolta hasta allá: un tropel de caimanes del tamaño más grande, atraídos por el manatí, y que seguían la canoa a una veintena de pasos de distancia. Si no hubiéramos dejado las escopetas en la isla, podríamos haber matado varios. Por lo demás, esos caimanes, no importa su tamaño, no atacan jamás al hombre. Si nos hubiéramos conformado con remolcar el manatí, hubiésemos tenido que librar una batalla. Cuando una presa es muy grande para uno solo, se reúnen en grupo y atacan todos a la vez.

Olvido decirles que durante toda la jornada el tiempo estuvo magnífico. Es el paraje más lindo que he visto en mi vida, pero hay demasiada agua para que pueda ser habitable. En todo caso, en pocas horas podríamos haber montado un zoológico y un museo. Regresamos a la isla muy satisfechos y cenamos, o más bien nos pusimos a preparar la cena, es decir, a desollar al papá del monito. Yo tenía mucha curiosidad por comer alguna vez carne de cuadrúmano; aunque un poco dura, tiene un gusto agradable. Hay aquí dos especies de monos incomibles; el nuestro por fortuna era de la especie buena, y al final de la comida no quedaba de ese desafortunado más que unos huesos. En cuanto a su hijo, yo me encargo de su educación hasta la mayoría de edad.⁶²

Ayer los indios mosquitos descuartizaron el manatí donde D. y nos dieron la oportunidad de una última aventura, pues un puma atraído como los caimanes por el olor de la carne fresca llegó a unos pasos de la casa, donde fue delatado por sus rugidos. Fue imposible alcanzarlo. El único daño que ha causado es provocar ataques de nervios a las

⁶² Es obvio que se refiere a los monos carablanca y colorado.

*gallinas, a los perros y a la negra de D. Ahora puedo decir que esa caza de manatí es la más atractiva de todas, máxime con gente tan hábil como esos mosquitos.*⁶³

Llegamos al término de la estación de lluvias, pero es precisamente el momento de los chaparrones más fuertes. El Sarapiquí y el San Juan probablemente se desborden un poco. Después de eso, el buen tiempo se establecerá de una manera definitiva.

*En cuanto a F., al presente se encuentra admirablemente bien. De su enfermedad no vale la pena ni hablar.*⁶⁴

El mejor consejo que puedo darle a un emigrante es aprender cuestiones de mecánica, pero en materia práctica y no solo en teoría. Con eso puede establecerse sin temor donde bien le parezca en América; ahí todo eso de la mecánica se paga bien. Conozco un pobre diablo yanqui que estaba en Greytown sin un centavo, pero era hábil en cerrajería, y en la actualidad gana cinco piastras por día, sin considerar la alimentación, en San José de Costa Rica.

En lo referente a garantizar el éxito, eso depende enteramente de las pretensiones y la energía de los emigrantes. No deberían, en todo caso, contagiarse del mal de patria. Deben estar bien convencidos de que el oro se recoge a montones solo en los cuentos de hadas. De todas formas, que no lleguen a América sin saber algún oficio práctico, de preferencia esos relacionados con la mecánica.

En cuanto a las herramientas de labranza, aquí no se usan los arados, y también son desconocidas el noventa y nueve por ciento de nuestras herramientas europeas. El terreno se limpia muy toscamente y nunca se labra. Para sembrar el maíz, se hacen huecos en el suelo entre los restos de la deshierba, y se colocan tres granos de maíz en cada uno; tres meses después, se cosecha. Aquí el machete es la herramienta universal, junto con el remo y el hacha.

⁶³ Una vez más, Pictet se equivoca con el puma, pues aunque es cierto que gusta del olor a sangre fresca, no ruge. Según el mastozoólogo Eduardo Carrillo, entre nuestras especies de felinos, solo el jaguar tiene esta habilidad.

⁶⁴ Aunque esta persona no fue citada previamente, del texto se colige que era su amigo W., quien antes estuvo con fiebre; es decir, podría ser un error tipográfico.

Por mi parte, no puedo estar más feliz, y pase lo que pase, si Dios me conserva con salud, estoy seguro de que podré seguir mi camino ya sea en Costa Rica o en Nicaragua. Aunque se requiere paciencia, virtud que en general el tiempo no enseña mucho a los inmigrantes.

Carta VI⁶⁵
(Sábado 12 de febrero de 1870)

Poco después de la llegada del último correo, tuve que ir a Greytown con los indios mosquitos de D. y buscar una decena más, para cortar la madera al estilo de los barcos de vapor del San Juan. Hemos tenido lluvias pavorosas hasta finales de enero, y una inundación que B. jamás había visto en los 25 años que tiene de haberse establecido en este país.

En Greytown ha llovido seis semanas durante día y noche, sin interrupción. Tanto así, que el San Juan y el Sarapiquí se veían impresionantes. Todas las plantaciones del San Juan se inundaron, a unas casas les llegó el agua hasta el techo, y a otras a varios pies sobre el suelo. La mía y otras tres se fueron, pero lo único que tengo que lamentar es mi casa, mientras que otros colonos han perdido su ganado y su mobiliario, mejor dicho, todo lo que poseían.

Cuando vi que el agua comenzaba a subir sin detenerse, hice un cálculo muy simple: si el agua subía tantos pies en un día, al cabo de cierto número de días tendría tal cantidad de pies de agua sobre la cabeza. Así que me trasladé lo más rápido posible. Fui a instalarme donde D. Hice bien, puesto que mi cabaña, la del puesto militar y la de un pobre negro establecido al lado, fueron arrastradas en una noche.⁶⁶ Donde D., la casa más elevada entre las localizadas en la ribera del río, el agua llegó hasta la cintura. Puedo decirles que la región entera estaba inundada. Hice paseos náuticos en canoa en los bosques con D. Esto duró cuatro días, y luego el agua se fue retirando poco a poco.

⁶⁵ *Journal de Genève*, No. 107, 6 de mayo de 1870, p. 1-2.

⁶⁶ Debe recordarse que, antes de la gran afluencia de trabajadores negros que llegaron para la construcción del ferrocarril al Caribe, en nuestro país había personas negras desde la época colonial.

De paso, les cuento que solo en la casa de D. maté más de diez culebras y cuarenta ratas, las cuales buscaban un arca de Noé a costa nuestra. A cada rato llegaba nadando uno de esos encantadores animales y pretendía instalarse en una especie de balsa que habíamos construido D. y yo en el cuarto.⁶⁷ Por suerte, los caimanes no tuvieron la idea de visitarnos, y se los agradezco.

Los tres desdichados soldados del puesto militar han visto partir su choza pieza por pieza, y se refugiaron en un cobertizo un poco más alto que la casa, pero el agua también subió allí y los pobres diablos debieron colgarse del techo, literalmente, y pasar así entre el techo y el agua dos días y dos noches. Cocinaban en la canoa.

La corriente del Sarapiquí tenía una fuerza aterradora, los árboles arrancados de raíz pasaban por centenares, y a cada momento se escuchaba el estruendo de los que se derrumbaban el agua, lo cual, sobre todo en la noche, tenía un efecto bastante lúgubre. Agréguele a esto los aguaceros torrenciales con rayería. Jamás habíamos visto algo parecido de lluvias e inundación.

No obstante, desde hace tiempo todo volvió al estado normal; solo que yo no soy lo suficientemente testarudo para reconstruir mi nueva casa en el lugar de la primera. Más arriba de la confluencia del San Juan y el Sarapiquí hay bellos lugares con grandes colinas en la ribera, pero es un poco aislado para alguien que viva solo. En vez de tomar de nuevo a un europeo como compañero para limpiar el terreno, preferí asociarme con el más miserable de los mosquitos. Cuento con quedarme donde D. hasta finales de febrero, y después ir con el jefe del puesto militar del Sarapiquí a las montañas de Costa Rica, más arriba de Muelle, donde tiene una gran finca. Allí deseo residir algún tiempo, para pensar las cosas, y después regresar de nuevo donde D., antes de escoger definitivamente el lugar donde me voy a establecer.

Por experiencia propia, en este momento puedo afirmar que desde la confluencia del San Juan y del Sarapiquí hasta Greytown, no hay ni tres lugares donde a conciencia podría aconsejar a alguien establecerse, a causa de estas inundaciones que acontecen al final de la estación de

⁶⁷ Es posible que se tratara de ratas o ratones silvestres, pues las tres especies de roedores domiciliarios (ratón común, rata negra y rata gris) son foráneas, y quizás aún no habían colonizado esos parajes.

lluvias. No obstante, solamente sobre esta parte del río se han establecido plantaciones, y a mi llegada creí de buena fe a la gente del lugar que el agua jamás llegaría allí. Pero, si se sube el San Juan hasta la desembocadura del Sarapiquí y del San Carlos, se encuentran márgenes muy altas y grandes colinas donde las casas estarían al abrigo de toda inundación. Solo lamento que esta localidad esté más alejada de Greytown, en vez de aquella que escogí de manera muy apresurada al inicio.

En todo caso, todos aquellos que tuvieran la intención de venir aquí, deben esperar el momento cuando lo del canal esté totalmente definido. Es probable que los ingenieros no utilicen más que una parte del curso del San Juan y se alejen alrededor de una hora por arriba del puerto de Greytown, es decir, del banco de arena que obstruye la entrada. Por lo demás, las opiniones sobre el asunto del canal están muy divididas. Algunas personas dudan que se haga, pero otras creen que se construirá hasta dentro de medio siglo, o que se hará en otro lugar, y en este caso, para todas las personas de Greytown, conmigo incluido, sería muy triste venir a limpiar en vano las riberas del San Juan; en ese caso, ¡mejor sería ir a sembrar cacao en Treize-Arbres o en Mornex!⁶⁸ Pero los Sres. de B. tienen esperanza y parecen convencidos de que el canal lo hará una compañía americana dentro de seis años. Por eso aún no me apresuro a escoger mi terreno y reinstalarme.

Los inmigrantes que no traigan capitales fuertes deben abandonar la idea de establecer grandes plantaciones en estos países. Éstas demandan obreros, y seis años de paciencia antes de recoger un peso. Solamente si se satisface con un número pequeño de matas de cacao, café y banano, un colono puede cubrir sus necesidades con su propio trabajo, e incluso ganar algunos pesos a partir del segundo año.

En cuanto al propio Greytown, allí no hay forma de sembrar nada; la ciudad está rodeada de agua todo el año. Los habitantes de esta ciudad no tienen más que dos paseos posibles: la playa y un bosque próximo a la ciudad. Sin embargo, la playa calcinada por el sol es peor que el gran desierto, y el bosque es un laberinto tal, que es peligroso

⁶⁸ La cuestión de la construcción de un canal en Nicaragua, siempre polémica, ha surgido una y otra vez a lo largo de la historia, hasta hoy. En cuanto a las localidades citadas, están en Francia, pero en las cercanías de Ginebra.

aventurarse. En diez años tres personas murieron de hambre, y más de diez personas se perdieron y están con vida de milagro.

Numerosos comerciantes de Greytown han vivido aventuras extraordinarias. Uno de esos, alemán de nacimiento, llegó aquí en la época de los filibusteros de Walker, enrolado con ellos, se aburrió de ese oficio y regresó a Greytown en una miseria tan desesperante, que durante un mes tuvo que alimentarse de hierbas del río; parece que este alimento fortificante le dio bienestar, pues luego montó un comercio, prosperó y hoy día tiene unos cien mil francos. A otro comerciante, durante el bombardeo de Greytown le quemaron 750.000 francos en mercaderías; fue a Francia a buscar la protección del gobierno, pero resultó inútil, y todavía espera de los Estados Unidos la restitución de esta suma.⁶⁹

En los tres primeros meses de mi estadía en este país, no vi ni un solo caimán, pues ellos estaban en el lodo, y los indígenas me aseguraban que había muy pocos. Ahora en un día puedo contar una quincena de esos anfibios [reptiles], de 12 a 15 pies de largo. Frente a la plantación de D. hay un banco de arena donde usualmente se mantienen tres o cuatro de esos elegantes especímenes; apenas se molestan al paso de un bote (Figura 11). Su coraza es tan fuerte y su existencia tan resistente, que es difícil matarlos a tiros; pero con los anzuelos con que vi atrapar tiburones en el puerto de Greytown, se pueden capturar los caimanes, porque muerden el anzuelo tan bien como los peces.



Figura 11.

Cocodrilo en un playón del río Sarapiquí. Foto: Luko Hilje.

⁶⁹ El 13 de julio de 1854, y cuando estaba en su apogeo, este puerto fue bombardeado por el buque estadounidense *Cyane*. Se actuó en represalia por un motín de los lugareños, provocado porque el capitán del vapor *Routh* asesinó a un negro que vivía ahí y las autoridades locales de los EE.UU. más bien lo protegieron.

Tengo una colección de dientes de caimán cazados en Muelle; son colmillos aterradorantes que deben hacer reflexionar a los bañistas, así fueran del tamaño de Gargantúa.⁷⁰

Cuando una presa es muy grande para un solo cocodrilo, éste llama a sus amigos y todos juntos atacan al hombre o al animal.

Lamento no tener una cámara fotográfica, pues sería muy fácil aprovechar las honorables familias de caimanes cuando holgazanean sobre el banco de arena, y estas fotografías tendrían sin duda un gran éxito, al igual que las de Troppmann, y de tantas otras personas famosas de nuestros días. En todo caso, debe ser difícil de disecar un caimán.⁷¹

Pero en cuanto a los insectos y las mariposas recolectaré la mayor cantidad posible, siguiendo las instrucciones recibidas de Ginebra, y me las arreglaré de manera que el Sr. de B. las haga llegar a Europa.⁷²

Me parece que en mis cursos de historia natural en la Academia de Ginebra se formulaba alguna duda sobre el hecho que los vampiros tengan la mala costumbre de chupar sangre de animales en general, y del hombre en particular. Los [indios] mosquitos no comparten para nada esta indecisión, pues dos de los que trabajan donde D. fueron mordidos varias veces por vampiros en las noches anteriores; pobres gentes, sin mosquitero.

Otro animal bastante desagradable es una mosca muy parecida a los tórsalos de nuestras montañas; pica a animales y personas, y deja en el piquete un huevo de donde nace un gusano, que si no se extrae rápido se vuelve gordo como una avellana. No obstante, no penetra en el cuerpo. Los perros lo sufren mucho, pero es poco común que un hombre sea picado; si le sucede, debe ponerse sobre el piquete polvo de calomel, que mata al gusano. Pero los perros que no conocen el uso de este polvo, deben esperar pacientemente a que el gusano alcance

⁷⁰ Alude al gigante de ese nombre, en una serie de novelas del francés François Rabelais.

⁷¹ Pareciera referirse Jean Baptiste Troppmann, un asesino en serie pasado por la guillotina en enero de ese año en París, y de quien circularon entonces varias fotografías.

⁷² Esta frase sugiere que de su país –quizás de la Academia de Ginebra– le habían encargado la recolección y montaje de algunos insectos, incluyendo mariposas.

*la madurez y salga por sí mismo, aunque haciendo sufrir a su hospedante.*⁷³

*Los buscadores de caucho ya no pueden realizar su actividad en el Sarapiquí; ahora explotan los alrededores de fuerte Castilla [el Castillo Viejo], cerca del San Carlos. Llegaron hasta los bosques habitados por los indios guatusos, verdaderos salvajes, cuyas armas son simples arcos y flechas; hubo una lucha, y finalmente los indios tuvieron que retirarse al interior del país, dejando en manos del enemigo algunas mujeres y niños. Esos indios, cosa curiosa, son blancos. Aunque hay que decir también que esos buscadores de caucho son gente pobre, después de todo; han cuidado a sus prisioneros y los han llevado a Nicaragua, para que los instruyan en la religión cristiana. Ciertos yanquis no tienen tantos miramientos con los indios que apresan armados.*⁷⁴

En mi próxima carta espero poder contarles lo que veré en las montañas costarricenses. Me han dicho que la propiedad de mi capitán está en la zona más linda del mundo, y que sus montañas son un verdadero paraíso terrestre; veremos qué tal es. Las lluvias ahí son menos frecuentes que en el San Juan, y la temperatura más pareja que aquí. La caza allí es muy abundante; también los pumas y compañía disfrutaban mucho esas alturas. Aseguran que el otro día se han comido a una valiente madre de familia, pues los pumas tienen una predilección marcada por el sexo bello y no atacan a los hombres (salvo por error u omisión).

Aquí en las orillas del San Juan son menos conocidos, pero son reemplazados ventajosamente por los caimanes, de los cuales tengo justo bajo mis ojos un bello espécimen; ronca tranquilamente sobre un banco de arena en la orilla opuesta. Algunos pasos más lejos hay unos

⁷³ En Europa no existe el tórsalo (*Dermatobia hominis*), que es exclusivo de América; las especies de allá no atacan a las personas, sino a animales silvestres y domesticados. En cuanto al calomel o calomelano, se trata del cloruro de mercurio, que en aquella época se empleaba contra la sífilis y la difteria, pero hubo abusos, pues se le consideraba como un medicamento casi mágico y universal.

⁷⁴ De los indios guatusos o malekus, que aún hoy viven en los cantones de Guatuso y San Carlos, al igual que Pictet, se ha dicho que eran de tez clara y hasta de cabello algo rubio, como el pelaje de las guatusas (*Dasyprocta punctata*), de donde proviene su nombre, según el naturalista suizo Paul Biolley (Hilje, 2013); se creía que tenían ancestros ingleses, de piratas desertores de las huestes del corsario y explorador Francis Drake. No obstante, en una visita del historiador León Fernández Bonilla, en 1882, atestiguó que "son robustos, ágiles, bien formados y de buen carácter. Son indios puros y no blancos, como se ha dicho, aunque en algunos casos se notaba una traza de sangre blanca o negra" (Fernández, 1884).

siete u ocho grandes zopilotes, los cuales proceden a hacer la autopsia de algún cadáver.⁷⁵

Como ustedes ven, el paisaje luego de la catástrofe, está lo suficiente animado. Yo no podría aconsejar venir a aquellos que deseen hacerse colonos, sin antes tener un entrenamiento de seis meses a un año en alguna pequeña plantación, pues es difícil para un europeo de oficina lanzarse de pronto a este negocio. T., quien trabajó con mucho coraje relativamente, no aguantó más, extrañó la comodidad europea y la cocina paterna; además, las hachas son pesadas y no es divertido remar bajo el sol.⁷⁶

Hay que sopesar bien todos esos pequeños inconvenientes antes de embarcarse, y sobre todo no relegar la caza a un segundo plano. Aquí se caza por necesidad y no por placer. No se trata de ir a disparar a los gorriones; a veces, cuando se caza un jabalí, se requiere hasta cuatro días, y no se puede hacer nada de ruido. Del mismo modo es la pesca del manatí, el cual se esconde ante la mínima alerta.

¡Tampoco se viene aquí sin saber bien el español y el inglés, si es posible, y se anota para no llegar en setiembre justo al comienzo de las lluvias, como me ocurrió a mí! En esta parte oriental de Costa Rica las fuertes lluvias duran de octubre a mediados de enero. En diciembre es el diluvio universal. Aunque la temperatura se mantiene siempre a 20 grados, y encuentro que es el clima más sano del mundo.

Aún estando en el trópico, se requerirá proveerse de camisas de franela, las cuales aquí todo el mundo usa, por la humedad y la frecuencia de las lluvias. También es bueno llevar botas y zapatos resistentes; los de Greytown son malos y muy caros. Además, una escopeta, pudiendo llevar las balas necesarias, y los instrumentos de pesca, pues la caza y la pesca son los únicos medios de conseguir de carne. Por último, dos cobijas grandes y gruesas son muy útiles en estos parajes, casi objetos de primera necesidad. No aconsejo traer grandes baúles, sino más bien buenas valijas.

⁷⁵ Se refiere a los omnipresentes zopilotes o zonchos (*Coragyps atratus*).

⁷⁶ Esta persona tampoco fue mencionada previamente. De nuevo, es de suponer que se trataba de su amigo W.

Asimismo, nunca estará de más traer suficientes semillas de melón, tomate, pepino, etc., etc. El precio de los terrenos del Estado es casi nulo: como máximo, a un franco el lote (como en Siberia). Lo difícil es limpiar el terreno; para este trabajo hay que conseguir uno o dos peones de la zona, indios mosquitos que se contratan a razón de 50 francos al mes. Una vez por semana se envían por algunas horas a cazar; ellos mismos se preparan su comida, y se acuestan donde sea. En cuanto a herramientas, lo más importante es una canoa que pueda llevar una decena de quintales, y que sea fácilmente maniobrable por un solo hombre. Hay que poner unos 300 francos para esta compra; después, unos machetes a razón de 12 francos la pieza, y por último hachas americanas y palas de 7 a 10 francos. Ello, además de rastrillos y algunas azadas, constituye todo el utillaje de las plantaciones del San Juan.⁷⁷

COMENTARIOS FINALES

Al concluir la lectura de las seis cartas que Pictet remitiera a su familia, que son una especie de diario personal, queda una sensación de trunquedad, pues representan apenas el comienzo de su periplo por tierras costarricenses. En todo caso, cabe resaltar que sus vívidas percepciones y apreciaciones representan un singular aporte, pues no fue un simple transeúnte, sino alguien que vivió en un paraje silvestre y despoblado del país, desde donde atestiguó abundantes hechos, de mayor o menor importancia. En síntesis, nos dejó un inestimable y único testimonio de la relación entre el hombre y la naturaleza en las riberas de los ríos Sarapiquí y el San Juan, tan ricas en biodiversidad y en acontecimientos históricos determinantes.

Recuperado ahora dicho testimonio gracias a esta nueva traducción de sus cartas, sus narraciones incrementan el acervo histórico-literario

⁷⁷ A continuación de este párrafo, el redactor del diario agrega la siguiente información: "La gran noticia que los Sres. de B. de Greytown parecían prever, ha sido confirmada en una carta de Guatemala llegada a Ginebra hace algunos días, y escrita por una persona bien ubicada, para conocer toda la verdad sobre el la cuestión del proyecto de la perforación del istmo de la América Central. Esta persona sostiene que se acaba de firmar un acuerdo entre el gobierno de Nicaragua y una compañía americana, la cual ya depositó ciento ochenta millones para comenzar inmediatamente los trabajos, y se compromete a terminarlos en seis años. El canal debe desembocar una legua arriba de Greytown, en el Atlántico, y reunirse con el San Juan arriba de su bifurcación (denominada Colorado). Así se evita el codo del río, y los gastos enormes que generaría la excavación en el puerto de Greytown. Los estudios preliminares de esta gigantesca empresa ya fueron terminados".

sobre dicha región, cristalizado tanto en la imprescindible obra de von Frantzius (1999) como en la antología que, con el título *Viajeros por el Sarapiquí* (1853-1859) (Anónimo, 1999), recoge los notables relatos de los europeos Wilhelm Marr, Francisco Rohrmoser von Chamier, Moritz Wagner, Félix Belly y Anthony Trollope. Todo este cúmulo de conocimientos resulta indispensable para comprender a cabalidad la geografía humana de tan simbólica región, así como también para acrecentar el afecto hacia el terruño sarapiqueño, con el que Costa Rica siempre estará en deuda.

Agradecimientos

A Andreas Berz (Biblioteca Nacional de Suiza), la consecución de la versión digital de las cartas de Pictet, así como otra información clave. A Jean-Daniel Candaux, sus sugerencias para localizar información importante, incluyendo las fotografías de Léonce Pictet, que fueron aportadas por Laurent Christeller (Fondation des Archives de la Famille Pictet).

A Désirée Segovia Fonseca, la revisión de la traducción del francés efectuada por María Luisa Fournier Leiva, y a Theresa White por la revisión del resumen en inglés.

A Quírico Jiménez Madrigal, Luis J. Poveda Álvarez, Pablo Elizondo Camacho, Alejandro Solórzano López, Eduardo Carrillo Jiménez, Myrna I. López de Bussing, Ana Rosa Ramírez Coghi, Gustavo A. Arias Godínez, Javier Monge Meza y John T. Longino, valiosa información biológica. A los lugareños Rafael Ángel Orozco Reyes y Olivier Araya Piedra, útiles datos acerca de Sarapiquí. A Maribel Santamaría, Laura Rodríguez Amador, Raúl Aguilar Piedra y Armando Vargas Araya, la localización de alguna información.

A Antonio Vargas Campos (Museo Histórico Cultural Juan Santamaría), el préstamo de las figuras 1A y 2B; a Juan Murillo Herrera y Aída Elena Cascante Segura (Editorial de la Universidad de Costa Rica), las figuras 1B y 6; y a Eduardo Carrillo la figura 10, obra de Alina Suárez Cowley.

BIBLIOGRAFÍA

Anónimo. (1999) *Viajeros por el Sarapiquí (1853-1859)*. Colección Ruta de los Héroes No. 2. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Alajuela, Costa Rica.

Anónimo. (2008) "San Juan de Nicaragua". En: Vargas, Juan Carlos (ed.). *Tropical travel; the representation of Central America in the 19th century*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica: pp. 93-105.

Baldwin, R.S. Jr. (1891) "Tarrying in Nicaragua: Pleasures and perils of the California trip in 1849". En: Vargas, Juan Carlos (ed.). *Tropical travel; the representation of Central America in the 19th century*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica: pp. 473-493.

Belly, F. (1999) "Viaje de un periodista". *Viajeros por el Sarapiquí (1853-1859)*. Alajuela: Colección Ruta de los Héroes No. 2. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría: pp. 73-104.

Biolley, P. (1902) "Obras publicadas en el extranjero acerca de la República de Costa Rica durante el siglo XIX". *Revista de Costa Rica en el siglo XIX*. pp. 365-404.

Candaux, J., Pictet, M. y Pictet, E. (1974) *Histoire de la famille Pictet, 1474-1974*. 2 vol. Genève: Etienne Braillard.

Costa Rica. (1868) *Censo general de la República de Costa Rica. 27 de noviembre de 1864*. San José: Imprenta Nacional.

Fernández, L. (1884) "The Guatuso indians of Costa Rica". *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution*, Washington D.C. pp. 675-677.

Gómez, L.D. (1977) "Contribuciones a la pteridología costarricense. XI. Hermann Christ, su vida, obra e influencia en la botánica nacional". *Brenesia*. 12/13: 25-79.

González Flores, L.F. (1976) *Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, Biblioteca Patria.

González Villalobos, P. (1976) "Ruta Sarapiquí. Historia socio-política de un camino". Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica. Avances de Investigación No. 15: 99 p.

Herrera, E. (1988) *Los alemanes y el estado cafetalero*. San José: EUNED.

Hilje, L. (2013) *Trópico agreste; la huella de los naturalistas alemanes en la Costa Rica del siglo XIX*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.

Hilje, L. (2015) *Don Juan Rafael Mora y las ciencias naturales en Costa Rica*. Alajuela: Editorial Universidad Técnica Nacional (EUTN).

Meléndez, C. (1962) "San Alfonso, la primera hacienda en la colonización de las llanuras de Sarapiquí". *Orbe*. 140: 21-22.

Molina, F. (2007) *Bosquejo de la República de Costa Rica; seguido de apuntamientos para su historia, con varios mapas, vistas y retratos*. San José: EUNED, Biblioteca de Clásicos de la Historia Costarricense No. 5.

Obregón Loría, R. (1991) *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, Alajuela, Costa Rica.

Obregón Quesada, C. (2001) *El río San Juan en la lucha de las potencias (1821-1860)*. San José: EUNED.

Oersted, A.S. (2011) *La América Central*. León Arguedas, Jorge (ed.). San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Stelling-Michaud, S. (1976) *Le livre du recteur de l'Académie de Genève (1559-1878)*. Tome V. Notices biographiques des étudiants (N-S). Genève: Librairie Droz.

Vargas, J.C. (ed.). (2008) *Tropical travel; the representation of Central America in the 19th century*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Von Frantzius, A. (1999) *La ribera derecha del río San Juan; una parte casi completamente desconocida de Costa Rica*. Colección Ruta de los Héroes No. 1. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Alajuela, Costa Rica.

Von Houwald, G. (1975) *Los alemanes en Nicaragua*. Serie Histórica No. 2. Colección Cultural, Banco de América. Managua, Nicaragua.

Wagner, M. y C. Scherzer. (1974) *La República de Costa Rica en Centro América*. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, San José. Serie Nos Ven 2(2): 219 p.